Penumbria 55

Revista fantástica para leer en el ocaso

Distópica

Eduardo Sabugal, Andrea Madrueño, Marcos Macías Mier, Miguel Lupián, María de los Ángeles Romero Doring, J.P. Medina, Marti Lelis, Patricia Richmond, Daniel SanMateo, Eduardo Omar Honey Escandón, Merce Garcés, Luis Enrique Cuéllar Peredo, Pok Manero, Elena Polanco Durán, Lord Crawen, José Luis Díaz Marcos, Mical Karina García Reyes, Santiago Eximeno, Karla Arroyo, Israel Montalvo, Eliana Soza Martínez, Josafath Peña, Taydé Gabriela Sánchez Olmos, Yanzey Morales Marín, Sofía Tamara Ángeles López

Las pinturas estremecedoras que la distopía traza en la imaginación ofrecen una vía de escape estético. A veces, incluso, un resquicio de esperanza de que el mundo o una sociedad determinada puedan cambiar a mejor,. Y justo esta variedad de escenarios y modalidades la encontrarás en los 25 relatos que (des)componen esta antología. Historias absurdas, pesimistas, dolorosas y de pesadilla (pero con la esperanza colándose entre las grietas de nuestras carcasas enmohecidas) que ocurren en futuros lejanos, a la vuelta de la esquina o ayer.

AA. VV.

Penumbria Distópica

Antología Revista Penumbria - 55

ePub r1.0
Titivillus 04.06.2023

Título original: *Penumbria Distópica*
AA. VV., 2022
Diseño de cubierta: Zdzisław Beksiński

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México (CC BY-NC-ND 2.5 MX).

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/

Torre de Johan Rudisbroeck

En «La distopía literaria»[*], Adrián Curiel Rivera señala que, «como asienta Gregory Claeys, lo primero que evoca la palabra distopía en el imaginario popular son imágenes de ciudades sumergidas, de cadáveres agusanados, de edificios en ruinas, de desiertos sembrados de carcasas de animales, máquinas abandonadas y torres de basura tóxica. Y si bien la distopía no es exactamente esto —más bien algunos de sus posibles escenarios—, lo cierto es que el concepto se asocia siempre, según señala Peter Sloterdijk, al pesimismo, a una expectación catastrófica arraigada en lo más profundo del ánimo. Sin embargo, las pinturas estremecedoras que la distopía traza en la imaginación ofrecen asimismo una vía de escape estético. A veces, incluso, un resquicio de esperanza de que el mundo o una sociedad determinada puedan cambiar a mejor, ajustarse a un antiguo modelo utópico en el que otros hombres creyeron y que acaso podría concretarse».

Y justo esta variedad de escenarios y modalidades la encontrarás en los 25 relatos que (des)componen esta antología. Historias absurdas, pesimistas, dolorosas y de pesadilla (pero con la esperanza colándose entre las grietas de nuestras carcasas enmohecidas) que ocurren en futuros lejanos, a la vuelta de la esquina o ayer.

La convocatoria (a la que respondieron más de 100 cuentistas de casi 10 nacionalidades distintas) salió a inicios de este año, por lo que las intuiciones, coincidencias y premoniciones con lo que está ocurriendo en estos días me provoca escalofríos.

Sin más, te invito a que te deleites, perturbes y reflexiones con estas fantásticas distopías.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Basura ultravioleta

Eduardo Sabugal

México

Sentirse como basura y luego algo que me hace sentir limpia. Tú dices «estoy en la oscuridad, no puedo ver ni ser visto». Pero tu frase es estúpida recordada desde aquí. Desde hace décadas todos vivimos en la oscuridad, acá abajo, bajo quién sabe cuántas toneladas de tierra, ductos, protecciones, filtros. Hasta los viejos virus que nos atemorizaban también están podridos. La salvación es lo somnífero, y los médicos nos adormecen con recuerdos nobles de aquella vida en superficie, superficial. Pero todo es basura, vista a través de una luz ultravioleta. «¿Cuál era mi pre-tensión?», preguntas. Pre-sentir, prescindir. Preguntas en un no tiempo, que no es el de la memoria, y luego huyes: te vas al subterráneo que te asignaron o a la realidad del más allá, sólo fantasmal. Portazo, sexta pastillita del día. Recuerdo un portazo. Pastillas de reminiscencia. Después el timbre, buscar los zapatos, el carmín en los ojos, bajar al auto de Jean, subirse en esa huida que me pondría en un cóctel, un lugar lujoso saturado con comentarios eruditos entorno a la escultura contemporánea, conocer al tipo que quería exponer, sonreír, dejarse convencer de las virtudes y defectos de esa obra, de ese hombre manco de bronce, de esas telas quemadas por fuego de verdad, del povera, del post-povera, etiquetas, hermosas etiquetas. Y el pensamiento de intuirte en otra parte de la ciudad, ajeno a todo este mundillo, con tu jodida casaca militar sin lavar y tu camisa naranja y tus ideas precisas sobre la política económica, sobre la arquitectura, sobre la música de elevador, sobre el cine ruso.

Galerista bajando la escalera, un poco, sólo un poco de frío en la espalda, vestido precioso, pero con la espalda descubierta, tres veces, cuatro veces, gracias. Galerista bajando al infierno en el país de dios, lo sé, lo quiero, y Jean que mira y espía desde la otra sala, desde la otra habitación que es un hervidero de ironías y sugerencias periodísticas. Acepta los comentarios que hacen de mí, de mi sensualidad, o quizás habla de los millones de dólares que cuesta ese terrible desperdicio de cristal líquido que pende de unos cables, habla de su visita al museo virtual de la humanidad, habla de ti, de lo mucho que me descuidas, de lo mucho de vieja masculinidad tóxica que tienes. Se acomoda la camisa de seda, me mira de reojo, piensa que seguro tú no vendrás a dormir hoy, que la noche es como un cuchillo en las manos de Duchamp. Y yo tengo que decir que sí, que quizá no quiera casarme contigo. Sonrío, la espalda recibe el frío de la sala, los mosaicos son el piso de un refrigerador. ¿Y tú dónde estás? Celándome a larga distancia o pensando en otra cosa, ignorando esta jaula de snobs, esta cueva de hermosos minimalismos, estéticos, existenciales. Pensando que quizá sí tiren la bomba en Ucrania. La pastilla pierde efecto, un espiral de luz neón azul entra en mi cerebro, una antigua farmacia en una geografía olvidada, todo eso antes de la radioactividad total. El vaso, los tacones incómodos, la gargantilla. ¿Mi pretensión? Si habías dado el portazo no regresarías, sospecharías lo de Jean, abortarías la boda o quizá la bomba nos abortaría a los tres, a todos. Una gargantilla, inútil como un fruto lleno de radioactividad, como una lluvia envenenada sobre campos envenenados que riegan milpas envenenadas. Antes sabía tirarme en el sofá, tomarme una copa, olvidar las ausencias, ahogar fantasmas en mi sueño de maja postmoderna, pero mis fantasmas aprendieron a nadar. No regresarías, y el portazo sería como un anillo de diamantes, enroscándose sobre sí mismo, tautológicamente, como una verdad que no anunciaba nada salvo un alejamiento paulatino, irremediable. No escucharía la puerta abriéndose nuevamente, tus pasos en el recibidor, no volverías a este piso, a este rincón del rasca-cielo; no vendrías sigilosamente hasta la sala a encender la lámpara, tu mano no haría nacer esta noche la luz junto al sofá, no regresarías a iluminar la alfombra, porque no querías encontrar un desnudo fragmentado, una presencia no prevista. No querías una

escena, no querías conflictos, tú y tu paz, tu pacífica conciencia, una conciencia construida con precaución, con miles de sufijos pre. Que la futura esposa jugara al arte, a vender y comprar tonterías, tejidos con conejitos playboy, un óleo sobre cera de abeja, alguna instalación de caucho. Que jugara a acostarse con hombres vestidos en seda, con aliento a güisqui, a óleo, a polímero, a plástico. Acostarse con los acróbatas de Léger, con los martilleadores de Borofsky. Por eso, cuando estallaron las bombas, estábamos separados, a kilómetros de distancia. El mundo revuelto, mis ideas revueltas. Como si un dios iracundo hubiera sacudido el planeta para divertirse. Recuerdo cuando dormíamos en piedras y escuchábamos ópera en nuestra cabeza o alguna banda de rock de la era pre-radioactiva. Ahora todo está podrido allá afuera, se nos informa que Eurídice y Orfeo están unidos por la radioactividad. Nena, esto no es un museo, no hay arte, nunca lo hubo, todo fue una invención masturbatoria. Pistoletto Michelangelo, finales de los sesenta, ¿de qué siglo?, imposible saberlo, arte povera. Y tú lees una novela salvada de la superficie, *Veladura y harapos*, y te admiras del papel y piensas que quizás algún día el hormiguero en el que nos hallamos, te arroje al túnel en el que me tocó estar. Las pastillas, partir en cuatro la pastilla, olvidar que Jean no sobrevivió, que su cuerpo se carbonizó como un bombón en el horno. Escucho la sirena que suena al mismo tiempo que una luz ultravioleta se cuela hasta estas celdas como de panal metálico y espero, no se qué, pero espero, nos dicen que hay que esperar, que aún no se puede salir, subir, que Mefisto sigue reinando allá afuera, en todo el planeta.

Nemontemi

Andrea Madrueño

México

Se oía en el aire de noche una voz de mujer que decía:
¡Oh, hijos míos, ya nos perdemos!

Libro XII, Códice Florentino

Nemontemi son 5 días baldíos, abismales y fuera del tiempo. Son fechas funestas que marcan un ominoso vacío en nuestro calendario, propicio para cualquier desastre: terremotos, erupciones volcánicas, inundaciones o incluso la desaparición de una población entera bajo una inexplicable nube de humo, como ocurrió con nuestra ciudad. Mi llegada al mundo coincidió con el momento en que el monstruo de asfalto se esfumó, cubierto por una cortina de vapores e inmundicia. Se trató de un desastre ecológico, derivado de una contingencia ambiental que nadie pudo o quiso controlar.

Mi madre murió durante el parto, en la confusión de ese día desamparado. Los sobrevivientes de la catástrofe hemos quedado atrapados en un limbo de lluvias inclementes, con un esporádico sol enfermizo, que no calienta ni da suficiente luz para las cosechas. Es la venganza de Tlaloc, descargando siglos de dolor y humillaciones con su llanto; por los templos destruidos, los ríos entubados y los dioses desterrados. Al menos, eso es lo que asegura mi abuela. Cada que nos encontramos junto al fuego ella parece caer en trance, rememorando los relatos sobre nuestro origen y destrucción, mientras revuelve el brebaje de hierbas para los emplastos medicinales.

La abuela es una *tlamatquiticitl*, partera poseedora de un saber transmitido de madres a hijas desde los tiempos de la primera siembra de maíz. Las plantas son sus mejores amigas. Su antiguo jardín era un santuario de flores y hierbas de olor. Pero desde la llegada del humo y con la precipitación de las lluvias torrenciales, la abuela trasladó sus cultivos al interior de la cabañita. En nuestro invernadero de llantas de hule, crecemos menta, aloe, toronjil, eneldo y romero para preparar nuestros remedios.

La voz de río subterráneo de la abuela me adormece. Reconfortada por el aroma herbal flotando por la habitación, siento los párpados pesados y cabeceo. Despierto de golpe, sacudida por un bramido que se apodera del viento. Es un grito hiriente y sobrecogedor. «Se escuchó cerca», señala mi abuela con voz cansada. «Eso significa que ella se encuentra lejos. Es luna nueva y aún hay tiempo. Nos quedan unas noches tranquilas antes de salir a librar la batalla». Para la abuela los partos equivalen a una batalla, un duelo entre la vida y la muerte. En caso de perder, los niños y sus madres deben retornar al Mictlán. Lo cierto es que cada vez menos almas consiguen traspasar el umbral hacia este mundo. Desde los días *nemontemi* somos como las estrellas de un cielo nublado, poco a poco nos estamos extinguiendo. Inmutable, la abuela remueve su brebaje, pero yo aguardo tensa. El último alarido desgaja el cielo nocturno y se desvanece rebotando contra los montes.

Hoy es luna llena y de nuevo la escuchamos, apenas un sollozo débil en la lejanía. «Es hora», anuncia la abuela con un brillo arcano en la mirada. El aguacero recién amainó. Nos desplazamos remando por aguas en las que se respiran efluvios espesos y brotan exhalaciones fantasmales. En el firmamento, el conejo brilla con palidez espectral, siguiéndonos con su ojo acechante. Súbita y horrible, nos invade la certeza de no estar solas. Entre los ahuejotes, un coro de lamentos despedaza con gélidos gritos el silencio de la noche.

«Escucha, hija, son las niñas de cara torcida, las cihuas. Están merodeando por el aire como tecolotes buscando su presa», susurra la abuela, al tiempo que nos orillamos para depositar la cazuela con la ofrenda ritual de los días de muerte. «Ha llegado el momento de

que aprendas a liberar a los niños. Las cihuateteo los codician, pero es necesario protegerlos para entregarlos a la recolectora de almas. Ella que llora por nuestra destrucción y perdición, sabe cómo moler sus huesos para transformarlos en semillas y regresar la fertilidad a esta tierra», explica presurosa antes de encender una vela junto a la cruz torcida del altar y empujar la balsa para seguir nuestro camino.

Salimos de aquella choza sombría cuando la luna se encontraba en su punto más alto, exhaustas y con las ropas sucias, después de librar la batalla. Sin importar nuestros esfuerzos, la mala fortuna nos seguía ganando la pelea. A la madre la habíamos dejado acostada junto a la copalera humeante, con los ojos cerrados y el vientre desgarrado tapado con una sábana. Era una guerrera y merecía recibir los honores correspondientes antes de llevarla a enterrar en la encrucijada con el resto de sus hermanas tecolote.

Regresamos a nuestro bote, cabizbajas y derrotadas. La abuela abrazaba al pequeño envuelto en una frazada. «Macochi pitenzin, que duerma mi niño, que no despierte mi pequeñito…», así cantaba y lo arrullaba. Era la hora más fría de la madrugada cuando estalló el quejido, extendiendo su agonía por las aguas y sacudiendo las hojas de los árboles con su eco.

Descendimos junto a la orilla del lago. Un hedor a pozo negro nos golpeaba, anunciando su presencia. «Es momento de que te presentes con ella», dijo la abuela interrumpiendo su canto, para pasarme el amasijo ensangrentado. Aquello ya no tenía forma de niño, pero mi abuela hizo un ademán de que continuara meciéndolo. «Cuando se lo entregues, no debes mirarla a los ojos», me advirtió muy seria.

Acunando y murmurando la nana, avancé chapoteando por el fango. Es verdad lo que dicen: su voz desgarrada se escuchaba a lo lejos, pero yo la tenía muy cerca. Su podredumbre de aguas estancadas me envolvía y sentí su pena infinita escurriendo por sus largos cabellos. Algo más allá de la razón me hizo levantar la cara y me encontré de frente con ella. No me miraba. Me traspasaba con su gesto petrificado. No tengo palabras para el horror de lo que vi dentro de esas cuencas vacías y en el interior de sus fauces abiertas, congeladas en un grito sin sonido.

Altar

Marcos Macias Mier

México

El contacto de las secciones de las ruedas provocaba vibraciones en el asfalto. Una a una desplazaban dolorosamente al altar a lo largo de la calle del pueblo. De haber existido el silencio, de no haber sido exiliado por los gemidos de hambre de los pobladores y sus gritos de culpa, se escucharía el martilleo continuo de la pesada madera sobre la maleza. El frenesí de su paso era uno constante, uno que llevaba a todas las mentes directo a una noche llena de pena y arrepentimiento. Tanto el camino como el resto del mundo se han olvidado desde hace décadas del verde de las hojas.

—¿Gozaron de la vida, mis niños? —decía una de las mil voces del Altar. Estaba muerta, como la voz que usaría alguien en una plegaria cotidiana. Provenía desde adentro de la estructura conformada por las mil máscaras de madera—. ¿Vivieron días sin hambre y noches sin frío? —decía con más fuerza, con una ira apenas desbordada—. ¿Araremos en su memoria hasta buscar un poco de felicidad, mis pequeños? ¿Escarbaremos en sus recuerdos para encontrar algún momento por el que se hayan sentido agradecidos? —decía conforme el altar era empujado desde la parte trasera por una centena de encapuchados.

El enorme carro, el Altar, siguió arrastrando sus toneladas entre quejidos que cortaron la noche con más fuerza que las débiles antorchas que acompañaban su paso. La voz, lo sabían los habitantes, era solo la del Alcalde que se encontraba dentro del monstruoso altar; pero él es Alcalde porque su voz es la de sus

propias conciencias, y él sabe lo que necesita su pueblo. El entramado de huesos que servían de estructura para las máscaras se agitó brevemente cuando el conjunto pasó sobre un hueco del camino. Las máscaras vibraron durante un instante mientras las palabras continuaron viajando en sílabas largas llenas de dolor. Pronto la culpa se volvió incontenible, pues todo lo que decía la voz del altar era cierto. Había sol y lluvia y el mes pasado había llegado un poco de pescado podrido traído por la marea. ¿No era eso suficiente? ¿No era mejor eso que cualquier otro de los días de frío y oscuridad, y de hambruna total?

—¿Nadie se atreve a ser agradecido? —dijo la voz desde dentro del Altar. Las máscaras se movieron de arriba abajo, asintiendo. Había jaguares, diablos, viejos y ángeles, entes de otros tiempos que hacían de puente entre el ayer glorioso y el hoy que los santificaba; todos parecían decir las mismas palabras con un tono diferente. Desde la orilla de la culpa, las sonrisas de las máscaras parecieron muertas y rígidas.

Un viejo que estaba entre la multitud no pudo soportar más. Escuchó un último quejido de esa mole que avanzaba sin remordimiento por la calle principal del pueblo hasta que dio unos pasos para situarse en el camino de las ruedas. Se agachó hasta tocar el suelo con su frente. Una sonrisa lo habría acompañado en esos momentos si no hubiera intuido toda la agonía que estaba a punto de sufrir. Sus pupilas se expandieron hasta parecer agujeros lastimando su rostro.

—Un agradecido —dijo la máscara de ángel en el centro de la efigie—. Un agradecido —dijo uno de los diablos de piel blanca—. Un agradecido —dijo la máscara de asno que se encontraba cercana a la base del Altar.

Cuando el enorme carro se acercó, el viejo observó cómo se bifurcaba la sombra de su cabeza debido a las antorchas. Lo primero que sintió fue el tacto de las ruedas de madera, unas ruedas perfectas divididas en dieciséis secciones que lo empujaron al suelo lentamente, tranquilamente, hasta que la presión creció y creció y se volvió aplastante como el cielo y apenas comenzaba porque luego le vino el dolor, el verdadero dolor que le llegó por una fracción de segundo con la presencia de su sangre sobre el asfalto y con los pedazos de su rostro derramados sobre el suelo. Con su

último quejido llegó el rumor de los habitantes del pueblo, uno con menos pena anidada en sus gargantas, uno de gratitud por el sacrificio.

—Uno de mis hijos ha muerto —dijo repentinamente el Altar. La voz parecía provenir de todas las máscaras al unísono—. Agradecemos su sacrificio en nombre de todos nosotros —siguió avanzando, ahora con una de las ruedas llena de pedazos de cráneo y teñida de un rojo que se asemejaba a un negro intenso debido al juego siniestro de las antorchas. El Altar parecía satisfecho en su andar y en sus cientos de miradas perdidas en el cielo—. Sin embargo —continuó— todos sabemos, hijos míos, que la comida es escasa, que sólo la carne nos mantiene con vida.

Sólo necesita decir eso. Una niña avanza hasta el paso de las ruedas. Su madre llora y grita, pero los habitantes del pueblo que la rodean impiden que frustre el sacrificio de la pequeña. La niña coloca su frente sobre el camino, luego alcanza a ver que otros han seguido su ejemplo. Entre lágrimas ve a diez, doce personas dispuestas en hilera que pronto comenzarán a sentir la fuerza de las ruedas pesadas, la potencia del miserable futuro astillando uno a uno sus cráneos.

—Con esto… —dirá el Alcalde desde el altar— Con esto podremos sobrevivir más tiempo —y los habitantes se abalanzarán sobre la carne santificada, trocearán y comerán superando apenas el borde de la inanición, guardando el resto del sagrado alimento en sacos color café que irán a parar a las arcas del Alcalde, que seguirá dentro del Altar huyendo de las miradas del pueblo, con su vientre hinchado, tallando una máscara por cada uno de los muertos.

La ciudad sin nubes

Miguel Lupián

México

Cúmulos, estratos, nimbos, cirros. Nada. Cielo sin nubes, desnudo. El último hombre arrastra su cuerpo calcinado por los desiertos de la ciudad vencida. Busca explicaciones. Busca agua fresca que colme su sed. Busca a los niños.

Todos los niños de la ciudad desaparecieron la misma mañana en que lo hicieron las nubes. Confusión. Caos. Silencio. Explicaciones fantásticas vomitadas por el gobierno, por la religión. Madres acongojadas, escuelas vacías. Era la primera vez que los adultos se preocupaban por los niños, por sus niños.

Mientras tanto, no llovía. No llovía. Y nunca llovió.

Una ola de calor azotó la ciudad, derritiendo el asfalto y las columnas de hierro de los grandes edificios. En pocos meses las presas se secaron, los árboles murieron. La ciudad sucumbió.

El último hombre continúa arrastrándose, dejando sobre la tierra un rastro de piel carbonizada que se desprende de sus piernas. Se detiene. Olfatea a uno y a otro lado. ¡Agua!

Se deja caer por una ladera, golpeándose con rocas y naturaleza muerta. Queda bocarriba, exhausto, mirando el cielo sin nubes hasta que los rayos solares lo hacen parpadear. Se coloca bocabajo. Enfrente de él, escondido entre las rocas volcánicas, un estanque.

Se arrastra los últimos metros y hunde la cabeza y los brazos en el agua fresca. El dolor ocasionado por las ámpulas desaparece. Sus labios partidos dejan de palpitar. Se mantiene inmerso en esa paz acuosa hasta que escucha un sonido.

Risas ahogadas.

Abre los ojos. Cientos de niños lo observan desde el fondo del estanque.

El último hombre saca la cabeza del agua y recarga su frágil cuerpo en una piedra volcánica mientras normaliza la respiración.

Los niños salen alegremente del estanque —algunos abrazados, otros chapoteando— y se sacuden el agua como lo hacían los perros. De sus pequeñas cabezas sale vapor. Vapor que se esparce formando nubes. Nubes que se elevan lentamente al cielo.

Los niños corren hacia la ciudad.

El último hombre se queda solo, mirando cómo el cielo se nubla. Sonríe cuando una fina gota de lluvia golpea su cabeza.

El buitre

María de los Ángeles Romero Doring

México

—La mayoría prefiere encuentros familiares, pero tenemos muchas opciones que puede personalizar a su gusto y, por supuesto, será completamente indoloro, depende de lo que desee. Lo dejaré solo y recuerde: si alguna de nuestras elecciones no le satisface, podemos programar la que tenga en mente, para que disfrute la muerte que siempre ha soñado. Claro, con un costo extra.

El hombre dejó una tableta electrónica sobre la mesa.

—Cualquier duda, presione este botón y vendré enseguida.

Jerónimo se quedó solo en la habitación. Era la última etapa del proceso. Después de pasar por varias citas psicológicas y pruebas psicométricas, obtuvo su permiso oficial para morir. Como no sufría de ninguna enfermedad mortal o degenerativa, el trámite fue más largo; sin embargo, el derecho a la muerte se había instaurado en la mayor parte del mundo y todos tenían acceso a los servicios de eutanasia.

Ahí estaba, en uno de los tantos negocios funerarios con tecnología de realidad virtual inducida que surgieron a raíz de la legalización. Por una suma razonable, ofrecían vivir la muerte a tu manera, sin dolor ni culpas.

A raíz de la eutanasia legal, los suicidios por arma de fuego, corte de venas o salto a las vías del metro descendieron drásticamente. Cada vez más personas optaban por una travesía al Everest o ver a sus seres queridos esperándoles. «¿Cómo te gustaría morir?», rezaban la mayoría de los anuncios.

Para Jerónimo, la realidad de la muerte exacerbaba lo irracional de la vida, no le encontraba sentido y estaba convencido de que no valía la pena seguir en este mundo. Pocos intentaron disuadirlo. «Si no te gusta, vete». Estaba más que normalizado. La muerte era una solución para muchos problemas que aquejaban a la humanidad; la sobrepoblación era una de ellas.

Así que pululaban aquellos promotores de la muerte feliz y sin dolor. Los suicidas salían confiados al encuentro del término de una vida que encontraban insufrible, bajo la promesa de experimentar su mayor fantasía mientras recibían una inyección letal.

Jerónimo tomó la tableta entre sus manos y empezó a leer las opciones disponibles: Fantasías sexuales, Viajes por el mundo, Venganzas… Continuó desplazándose por la pantalla hasta llegar a Saltos. Ahí se desplegaron: Saltos en avión, Puentes, Edificios famosos. Seleccionó Salto en paracaídas-Atardecer-Vista al océano. Presionó el botón y esperó hasta que apareció el mismo hombre.

—Excelente opción —dijo, revisando la tableta—. Hoy hubo una cancelación, tenemos un espacio disponible dentro de dos días. ¿Gusta agendar o prefiere más tiempo para arreglar asuntos pendientes? Le recuerdo que podemos incluir servicios para ordenar cuentas, herencias y ofrecemos una gran selección de cartas de despedida que puede personalizar.

El hombre miraba a Jerónimo con una sonrisa, esperando una afirmación que le supusiera una mayor comisión.

—No, gracias. Tengo todo listo.

—Perfecto, ¿algo más en que pueda servirle?

—Sólo una curiosidad: ¿son comunes las cancelaciones?

—Siempre las hay. Algunos encuentran en la muerte el sentido de sus vidas o simplemente les gana el miedo. Aunque deciden vivir, la muerte es innegable para todos. Nosotros sólo ofrecemos que puedan elegir cuándo y cómo, no dejarlo al azar del destino. Le confieso que pocos se arrepienten al final —el hombre le extendió un frasco con pastillas.

—Trague una cada ocho horas si comienza a sentir ansiedad.

Jerónimo vació el frasco y llegó puntual a la cita. El hombre que lo había atendido lo esperaba en la recepción. Lo llevó por un pasillo verde claro lleno de frases relevantes al descanso eterno, la paz y la tranquilidad. Llegaron a una habitación, pintada del mismo

color, con plantas artificiales y una cama con sábanas y edredón blanco. La música de fondo era un *loop* de sonidos suaves y un aroma a lavanda permeaba en los sentidos junto a una sensación térmica cálida y agradable. Al lado de la cama, un aparato con la forma de un cubo negro emitía un ligero parpadeo. Tres sondas y cables sobresalían.

El hombre le pidió que se relajara. Otro sujeto vestido de blanco llegó y verificó la caja junto con las sondas, tomó el brazo izquierdo de Jerónimo y, a través de una intravenosa, lo conectó. Una vez terminado, el sujeto se retiró sin decir palabra.

—Tómese su tiempo. Cuando esté listo oprima este botón y se iniciará el proceso. Quedará sumergido en el sueño que nos pidió de una forma tan vivida y real como usted y yo ahora. Contemplará el paisaje sublime del cielo crepuscular como nunca antes ha visto en vida. Volará como un ave expandiendo sus alas, el viento en su rostro será una caricia en las mejillas y el calor del sol le reconfortará inmensamente bajo el sonido del mar. Una obra maestra que, le aseguro, lo llenará de paz.

El hombre salió de la habitación. Jerónimo miró la caja y no pudo evitar pensar que todo aquello que estaba a punto de experimentar podría hacerlo él mismo. Irse al mar, saltar desde un paracaídas en el atardecer, sentir esa liberación, aterrizar en la playa con ganas de vivirlo otra vez. Pensó que era irónico. Buscar vivir al máximo en el último momento, cuando tuviste toda la vida. Aun así, no le encontraba sentido a la incertidumbre de morir en cualquier instante; quería ser dueño de su muerte. Había vivido lo suficiente para convencerse de que no necesitaba más de este mundo. Miró el aparato a su lado, respiró profundamente y presionó el botón.

Su ansiedad desapareció. Contempló brevemente un líquido blanquecino recorrer la sonda hasta llegar a su brazo. Sintió un efecto de analgesia en su cuerpo seguido de un sueño intenso y todo se volvió oscuridad.

Sin sueño, sin vuelo, sin mar, sólo la oscuridad de la muerte llenó las venas de Jerónimo. Treinta minutos después fueron por el cadáver. El hombre lo sabía, no había nada más allá, sólo el anzuelo con la promesa de vivir la muerte soñada. Un negocio redondo donde las quejas por fraude no existen.

Uránidas

J.P. Medina

México

—Siempre ha existido el Titán —susurra con cierta complicidad—. Eso es lo que me ha dicho mi madre y eso es lo que le ha contado la suya a ella también.

Su voz es como el fuego que muere con las últimas brasas de la noche, apenas un puntito fulguroso entre las ruinas oxidadas y musgosas donde ambos aguardan sentados en un rincón. Tu madre inclina su cabeza suavemente y acaricia tus cabellos mientras habla. El vaho blanco que sale de sus labios te hace cosquillas en el borde del oído. Ahí, escondido entre sus brazos, logras sentir y escuchar las palabras que brotan de su pecho como si fueran polluelos saliendo del cascarón.

El Titán, por otro lado, sigue acercándose con su paso hueco y pesado.

—Así como no temes al sol que quema a quienes pasan mucho tiempo bajos sus rayos o al río que se lleva a quienes se sumergen en él sin prudencia, de igual forma no debes temer al Titán, pues su mirada, aunque letal, basta para alejar al hombre de su maldad innata.

Desvías tu atención dejando caer las manos al piso. Revuelves la tierra con los dedos hasta que las uñas se te llenan de esa negrura mineral de la que comen las lombrices. Tomas una piedra pequeña que yace a un lado y la colocas en el agujero. Tomas otra y la colocas encima. Luego una más y una más y una más. Quieres ver que tan alta puede ser tu torre antes de tambalearse y caer.

Tu madre, que hasta el momento te ha visto sin decir nada, toma tu mano entre la suya y la acaricia con cariño. Pasa sus dedos a través de los tuyos, dibujando figuritas en la palma y sobando tu muñeca. Luego besa las yemas sucias de tierra y no puedes evitar sonreír. Entonces dirige tu dedo índice con su mano hasta la orilla del pilar que has levantado y con un suave golpe lo hace caer. Vuelven a ser solo un montón de piedras dispersas en el suelo.

El Titán está cada vez más cerca. Lo sientes bajo tus pies con cada sacudida metálica y chillona. Lo escuchas en las copas de los árboles que se agitan haciendo sonar las hojas como si fueran serpientes de cascabel. Lo ves también en los pájaros que alzan el vuelo desde la ventana de un edificio ruinoso.

—El Titán todo lo ve —continúa—. Sabe, por ejemplo, cuando toman un pez del río y lo colocan sobre el fuego. Sabe cuando levantan muros y techos con arcilla y troncos caídos para construir nuevos refugios. Sabe cuando un hombre y una mujer se escabullen en la hierba antes de pedir primero permiso al Titán. ¿Quieres saber cómo es que lo ve todo? Porque el Titán está en todas partes.

Un ruido irrumpe en ese tren de pensamiento. Fuera de las ruinas, por el sendero que el Titán transita a diario, revolotean las enérgicas voces de algunos jóvenes del pueblo. Las voces, te parece, son iguales a las luciérnagas que flotan sobre la maleza que cubre el río durante las noches de verano. Escuchas una de un lado y otra le contesta más adelante. Al cerrar los ojos casi puedes verlas en la negrura que se esconde bajo tus párpados.

Parecen agitados y nerviosos. Recuerdas haberlos visto más temprano ese día cavando su propio agujero en medio del camino del Titán y cubriéndolo con hojas, pero no sabes si tiene relación.

Las voces entonces cesan. Van y se posan sobre alguna ramita firme apagando sus luces para disimular. Aguardan, como tu madre y tú, en un rinconcito oscuro a esperar a que el Titán entregue sus favores y se marche siguiendo su camino.

El coloso de metal se estaciona finalmente al centro de las ruinas, exhala un vaporcillo caliente a través de las hendiduras de su traje de metal y se reclina sobre el suelo como un anciano fatigado que se sienta a descansar bajo la sombra de un árbol. Luego abre sus enormes fauces y deja caer la copiosa comida sobre el césped: carne, pescado, frutas y vegetales; también algunas

pieles, para cubrirse del frío.

Al terminar, y tras encender el fuego de la plaza, se levanta y procede a retirarse imperturbable como antes. Sin embargo, para sorpresa de todos, se detiene con violencia a unos pasos de salir del pueblo, justo enfrente del enorme agujero oculto entre las hojas.

Luego silencio. Pesado y asfixiante.

Una luz roja sale despedida de su cuerpo e ilumina brevemente los alrededores. Pasa de arriba a abajo y de un lado al otro y se posa sobre todas las cosas, las que son visibles y las que no. Escuchas la enorme cabeza mecánica girar en una dirección —¡Click! ¡Fuuush! —. Aparecen rayos y truenos, y aunque tu madre cubre tus orejas con sus manos puedes distinguir entre el ruido de metralla las voces de aquellos jóvenes desgarrando el cielo con un grito ahogado.

Todo en un instante.

Cuando el Titán concluye guarda de nuevo el ojo fulminante —¡Fuuush! ¡Click!— y regresa al sendero rodeando la trampilla. Luego de minutos que parecen horas, el Titán desaparece de tu vista y la gente comienza a salir de sus escondites. Nadie osa acercarse a los despojos humeantes, van directamente a la comida y toman su parte sin empujarse ni gritarse.

Miras en dirección a los cuerpos mutilados y luego al agujero cubierto de hojas en el camino preguntándote cómo es que el Titán lo ha sabido.

—El Titán todo lo sabe —dice tu madre con voz firme y una sonrisa—. No lo olvides, cariño.

El Titán está en todas partes, piensas, no solo bajo esa piel de metal. Está en el sol que quema, en el río que ahoga. También dentro de tu madre quien, piensas, algo tuvo que ver con todo eso.

El Titán está incluso en tu interior, como un polluelo que todavía no tiene la fuerza para romper el cascarón.

El que inventó las moscas

Marti Lelis

México

Viajé desde el principio de la vida a las orillas del agua. Nada pisaba la tierra ni volaba. Cuando al fin salieron de mares y ríos, había que devolver los ingredientes de lo vivo al lugar de su nacimiento.

Dejé mi huella en callejones, casas en obra negra, basureros a cielo abierto; en ciudades sin ley y pueblos olvidados. Fui persiguiendo guerras y hambrunas, nacimientos explosivos de volcanes y los restos de tsunamis. Visité selvas y bosques, playas pestilentes.

«¿Ése quién es, qué busca?», murmuraban. Me confundían con un saqueador de cadáveres. Mi vestimenta oscura y mi maletín de aluminio aún les impone respeto.

Yo removía carroñas en búsqueda de una solución efectiva. Y lo logré. No sé si estaré al final de los tiempos. Lo vivo me provoca. La mosca es mi criatura.

Los ojos del hierofante

Patricia Richmond

España

Hace tiempo, mucho antes de que yo naciera, las bibliotecas estaban llenas de libros. Eran más que edificios, se alzaban como cofres repletos de tesoros fabulosos que ofrecían sus joyas a quienes sabían cómo acariciar una página. La lectura se convirtió en un placer íntimo, solitario y, a veces, secreto, que ayudaba a reinterpretar el mundo y a extender sus horizontes. Proporcionaba tal grado de felicidad que para algunas personas era imposible dejar de leer; por eso traspasaban los umbrales de esos templos casi sagrados: para llevarse prestados los sueños que otros habían escrito para ellas.

Fue entonces cuando don Ramón obtuvo el puesto de director de la Biblioteca Universal, la más grande de la ciudad. Albergaba miles de volúmenes, perfectamente clasificados por géneros y autores, a lo largo de las estanterías repartidas por las salas de sus cinco plantas. Al entrar en ella, se accedía a un paraíso en el que el tiempo no tenía necesidad de correr, pero que una mañana, después de años de intenso trabajo, le sorprendió con la comunicación de un cese inmediato. Nada pudo hacer y, a pesar de sus protestas, tuvo que dejar su puesto a un joven preparado para afrontar los cambios que exigían los nuevos tiempos.

No conozco con certeza la edad de don Ramón, pero calculo que debe rondar los ciento treinta años. Se queja de que son demasiados, de que, desde la expulsión de su biblioteca, nada le vincula a la vida, y me pide, una y otra vez, ayuda para marcharse.

No puedo hacerlo. No solo porque sea un delito castigado con trabajos forzados, ¿sino qué sería de mí sin su compañía? ¿Con quién me mandarían? Él me ha proporcionado una buena vida, cómoda, sin las palizas y abusos a los que me sometieron mis propietarios anteriores.

Don Ramón es más que un patrón para mí, es un padre y un maestro. He envejecido junto a él y me gustaría que nuestros caminos terminaran a la vez. No es imposible; nosotras, las africanas, obligadas al trabajo duro desde la niñez, mal alimentadas y privadas de asistencia médica, no alcanzamos las edades de los blancos. Sé que no soportaré un nuevo destino y vivo volcada en su cuidado, atenta a cualquier signo que revele que el fin se acerca.

Yo era muy joven cuando me enviaron a esta casa. Los dos estábamos disponibles en el sistema, tras la enfermedad de su sirvienta y el accidente mortal de mis señores. El azar nos reunió. Al principio, ambos teníamos miedo: él, a que una muchacha atolondrada pusiera su mundo patas arriba; yo, a un hombre anciano que pudiera exigir más que cocina y limpieza. Pronto comprobamos que nuestros temores eran infundados, pues compartíamos un carácter silencioso y tranquilo que nos unió de inmediato.

Un día, al poco de llegar, me puse a limpiar el polvo acumulado sobre unas cajas extrañas que llenaban las estanterías de una habitación que él llamaba biblioteca. Nunca había visto objetos como aquellos y cogí uno para observarlo de cerca.

«¿Sabes leer?», me preguntó don Ramón con los ojos brillantes. No sabía de qué me hablaba y se rio a carcajadas del susto que me provocó al quitármelo y empezar a contarme la historia increíble que escondía sobre un hombre que despertaba en su cama convertido en escarabajo.

Fue el principio de mi metamorfosis. Desde ese momento, comenzó a leerme mientras yo realizaba las tareas de la casa y mi mente, con su ayuda, se expandió por rincones que no sabía que existían dentro de mi cabeza. Don Ramón me explicó que todo está escrito en los libros y que antes, cuando el mundo aún no había sucumbido a la tiranía del metaverso, los niños aprendían a leer y a escribir en las escuelas. La lectura les invitaba a la reflexión y así comenzaban a pensar y a soñar.

Se entristecía porque nadie recordaba que las palabras ocultan reinos que se pueden explorar y conquistar. Ahora las personas se relacionan a través de dispositivos; no hay más que pulsar un botón y un universo de sensaciones virtuales se desliza ante unos ojos que resbalan sobre la superficie de las pantallas. Luz y color. ¿Leer y escribir? ¿Para qué? Todo es fácil dentro de la falsa ilusión regalada por un sistema ideado para impedir que los peones se separen del engranaje que les ata al inmenso circo creado para llevarles por la senda del consumismo programado en que se ha convertido la existencia.

La Biblioteca Universal se transformó en un bloque cerrado repleto de máquinas complejas conectadas a bancos infinitos de información. Y los libros que ya nadie sabía leer acabaron siendo enviados a centros de reciclaje donde todo su saber desapareció ante la indiferencia de una sociedad domesticada para vivir como fantasmas de carne y hueso.

Don Ramón salvó los ejemplares que pudo y, con ellos, transformó su casa en biblioteca. Me enseñó a leer y escribir y, tras años de escuchar sus lecturas y explicaciones, ahora que sus ojos se han apagado, soy yo la que recita para él sus libros más queridos.

Las africanas no tenemos derecho al mundo virtual. Tampoco lo necesitamos, tenemos bastante con no desfallecer y refugiarnos en los momentos de descanso en los que podemos reunirnos y charlar de nuestras cosas. Cara a cara, tocándonos, riendo o llorando juntas. En esos ratos, he enseñado a leer a muchas de las jóvenes que han pasado por la vecindad. Los libros de don Ramón han permitido que ellas, igual que yo, comenzaran a soñar. Otro mundo es posible, aseguran y algunas hablan incluso de organizarse para escapar.

Yo no lo haré. Me quedaré con mi maestro hasta el final. Él merece la gloria reservada a los grandes pensadores: la inmortalidad. Por eso escribo estas páginas, para que, cuando yo falte, sea recordado como el mago que nos sacó de la oscuridad y nos guió hacia la luz robando palabras al olvido. Soy los ojos de un hierofante, ¿qué otro destino podría desear?

Tlamiliztli

Daniel SanMateo

México-Francia

So comes snow after fire, and even dragons have their ending!

J. R. R. Tolkien

La sequía cundía en la tierra desde hace tres ciclos de siembra y cosecha.

Los días y las noches eran tristes y Quetzalcóatl los había abandonado, dejados a su suerte, huido del Tollan tras la argucia de su hermano gemelo, cariz oscuro en el espejo humeante, Tezcatlipoca, totalmente avergonzado, embriagado por el néctar blanco del maguey, por la falta cometida contra su propia hermana, Ichpochtli, diosa de flores y de los brotes vegetales.

Quizás el dios nunca regresaría y con ello la fertilidad sería una ausencia espectral en los huertos y los lagos de pesca.

O quizá sí, cuando los signos del mundo y de los astros marcaran nuevamente el año de la caña.

Mientras, el cintli no germinaría en la tierra con el dulzor de otros tiempos o se pudriría ahí mismo en la milpa. Las nubes tampoco derramarían su agua fresca desde los cielos y toda la sequedad asolaría la tierra como un viento hirviente, las hierbas marchitadas en el tallo, los animales fenecidos en su piel.

Los sacerdotes leían los sortilegios para conocer cuándo sería el retorno, profetizar su venida con el nacimiento del nuevo sol, la serpiente de fuego en el horizonte.

Pero tardaba, mes con mes tardaba.

Y todo en la ciudad dedicada a los dioses pendía de un hilo, tan estirado que podría romperse en cualquier momento.

En los barrios de los pipiltin el nerviosismo era tangible.

Los grandes señores discutían qué se podía hacer. No hallaban solución. Se había intentado mucho hasta el momento, muchos ordenamientos acordados con el huey tlatoani, pero cada nuevo decreto anunciado desde lo alto de la pirámide quebraba aún más el frágil equilibrio.

Con los fardos tributarios recientes, el mercado y la entrada del canal se convirtieron en un lugar de conflicto constante. Pocas cosas para ofrecer, pocas aves y semillas, pocas hierbas que no expelían la fragancia olorosa de antaño. Todos los días se generaba un pleito entre pochtecas adversarios y los cihuacóatl debían intervenir para dirimir los pleitos. Nadie terminaba satisfecho ni los dioses invocados traían paz en estas agresiones.

A ciertas horas el mercado debía detener su faena, tan pocas viandas entre los mercaderes y los compradores sin poder trocar las valiosas plumas de quetzal y los puñados de cacao fresco. Ya los cuauh pipiltin patrullaban los linderos y las veredas circundantes, pues una tarde nueva había sucedido una trifulca entre mayeques que repercutió en toda la ciudad, ondas propagadas en un estanque al arrojar una piedra, donde uno, perteneciente a una familia pipiltin importante, acaeció; su sangre derramada por el tajo del tecpátl, última ofrenda a Mictantecuhtli.

Toda esta discordia se cernía sobre la ciudad entera y entre los calpulli el lamento crecía como un llanto para quebrar el silencio de la tarde. Los macehualtin tenían hambre, reclamaban su lote, alzaban las manos rumbo al cielo para clamar a los dioses.

Y estos no venían.

Tlacaélel, huey tlatoani en turno, soñó un presagio en la noche oscura. Miró una peregrinación de pipiltin en dirección al sur, caminando bajo el manto de la noche fresca. La ciudad a sus espaldas yacía bajo las flamas ardientes, una hoguera que consumía los barrios con una serpiente de fuego, los altares ennegrecidos y las altas pirámides lamidas por el calor. El cielo en esa noche se pintaba de rojo, como si un dios aplastara cochinillas entre los dedos etéreos y se derramara sobre los campos la sangre y el hollín.

Dijo Tlacaélel a Itzmin: «abandonemos la ciudad, los elegidos lo haremos». E Itzmin respondió: «soplaré la concha con el llamado».

Así, el nuevo ordenamiento recorrió los oídos y muchos supieron que la muerte era la presencia que los acompañaría en los días venideros. Con la noticia en boca de todos hubo disturbios, iniciados por macelhualtin desde los barrios lejanos. Doscientos cuauh pipiltin emplumaron sus cuerpos y tomaron sus chimalli y tecpátl y macuahuitl para hacer frente a los quejosos, la sangre irrigaría la tierna yerma y Quetzalcóatl regresaría finalmente.

Con la conflagración se quebró el orden sagrado, los macehualtin desprovistos de reverencia, la muerte en los ojos, atacaron a las castas nobles con una furia inaudita, rompiendo piedras y estelas a su paso.

Itzmin dijo: «la sangre viene, ha consumido todos los barrios hasta el templo».

Tlacaélel dijo: «el presagio erró el significado, el río no es de pies ni de manos, es río de sangre desde nuestra gran pirámide hasta los bosques de las cabezas gigantes».

Y al decirlo Tlacaélel volteó la mirada al cielo, ennegrecido por los humos densos manados desde la gran ciudad, y vio una luz centelleante, un designio de Quetzalcóatl fugaz, y al bajar su mirada vio el cráneo de Itzmin reventar como un fruto, su sangre una explosión viva, y vio una efigie de Tlahuizcalpantecuhtli quebrarse, obsidiana quebrada, bajo los mazos de pedernal empuñados por los hombres hechos del maíz.

La revuelta sopló las flamas que prendieron los maderos de la gran plaza, los ídolos crujieron bajo la planta de la turba, los macuahuitl rotos, partidos y astillados en su filo, los frescos cromáticos manchados de rojo y toda la sangre pipiltin derramada en la tierra como un riego sagrado en los caminos blancos, una ofrenda de carne preciada y noble, holocaustos para el dios que temían que regresaría nunca jamás.

Sorteo

Eduardo Omar Honey Escandón

México

Tu familia te espera en la sala. Visten de color negro, tal como han pedido en las transmisiones. Hoy es el día del sorteo donde, si resultan ganadores, llegará un mensajero con la caja. Están nerviosos, ya que es un honor ser premiados (aunque la fama dure un día). No hay forma de rechazar el resultado: es la ley, y romperla conlleva una pena que va más allá de la muerte de la parentela, amigos y conocidos que convivan con uno.

Toman asiento y prenden la tele, radio y dispositivos. El sorteo se transmite en cadena internacional por cualquier medio. El no atenderlo a la hora indicada también está gravemente penalizado. Bien sabes que *Ellos* tienen formas de saber si alguien estuvo presente o no. Has escuchado rumores sobre esas familias que desaparecen sin dejar rastro porque alguien, a la hora de transmisión, se quedó dormido unos pocos segundos. Sabes que es verdad: ocurrió con la familia que vivía enfrente. El mensajero no llegó, pero sí una brigada de las Sombras Aladas cuando ni siquiera terminaban de anunciar a los ganadores.

La hora del sorteo es diferente todos los días y hay que estar atentos al aviso que se da una o dos horas antes. Los únicos días en que hay que estar al pendiente las 24 horas son los domingos y el Año Nuevo. Esos días el aviso se da una vez quince minutos antes.

Pero hoy estás tranquilo. Es un día normal y pudieron prepararse con anticipación. Todo evento formal requiere una etiqueta apropiada, tal como lo han repetido y demostrado en cada

emisión. Sin embargo, se permiten pequeñas libertades como las pinzas que te colocas en los ojos para mantener dolorosamente abiertos los párpados. Luego ayudas a los demás a que también se las pongan; ninguno quiere volver a escuchar los aleteos fuera de tu hogar.

Cinco minutos antes de que suene la Fanfarria del Tiempo Final que inicia el programa, haces que tu familia se siente y estén atentos. Han acordado, desde que los sorteos empezaron trece meses atrás, que usarán la televisión. Sin embargo, en la mesa de centro dejan prendidas tabletas y teléfonos por si se va la luz. Aunque sucedan imprevistos de causa mayor, es imperdonable que un ciudadano no tenga el cuidado suficiente para sortear la situación. Así lo han señalado *Ellos*.

Como cabeza de la familia, les recuerdas que deben guardar silencio y no dejar de mirar la pantalla. En caso de que tengan necesidad de ir al baño, tienen permitido hacerlo con la ropa puesta (mientras no hagan gestos ni ruidos). Por fortuna hoy ninguno está malo del estómago, a pesar del exceso de cenizas que entran del exterior y ensucian todo sin importar los sellos en ventanas y puertas. Si llega a ser insoportable la pinza ocular, has hecho que practiquen el llorar sin llevarse las manos al rostro para rascarse o limpiarse. Sabes que *Ellos* aprecian la entrega y martirio durante los quince minutos diarios de la emisión. Es lo único que piden a cualquier ciudadano y *Ellos* mismos son ejemplo de lo solicitado.

Inicia la Fanfarria. Todos se ponen de pie y con las manos hacen el Símbolo del Fin. Cuando terminan los acordes, la familia y tú se sientan. El Predicador aparece con su rostro enfundado con una capucha formada por sendos cinchos recubiertos de afiladas espinas que presionan frente, ojos y garganta. Donde las afiladas puntas se encajan, la tela se torna un poco más oscura por las rojas humedades que brotan por debajo.

Con voz grave, llena de furia y dolor, el Predicador recita los preceptos de la ley que aplican en la transmisión, así como su castigo si no se cumplen. Al terminar, la toma se abre y se ve, encima, El Aparato que contiene las fichas por cada uno de los ciudadanos (incluyendo a los recién nacidos). Basta que el nombre ganador esté acompañado por otros en una misma habitación o domicilio para que todos estén involucrados, se tenga o no relación

de sangre.

El Predicador procede a sacar las Cinco Esperanzas, las personas que serán salvas aunque les llegue el Premio Mayor. Luego toca el momento de La Lección, donde algún Imperdonable es ejecutado por la Guardia Alada. Cada día del año se hace de forma distinta antes de repetir una demostración. Hoy consiste en rebanar con cuidado las extremidades mientras brazos y piernas son jalados por caballos. Termina cuando se separan del torso. En ese momento la cámara se centra sobre el rostro del condenado mientras gime y se retuerce antes de exhalar su aliento final.

Continúa la selección de las Cinco Desesperanzas: todo aquél que entregará su vida para pagar faltas a futuro y hacer salva a su familia si alguno rompe la Ley antes del próximo Sorteo.

Finalmente, tras el sonido de la Fanfarria de la Decisión que debe escucharse de rodillas, llega el sorteo principal.

El Predicador saca la ficha y anuncia al ganador: lentamente dice tu nombre. Mientras te felicita enunciando los méritos de tu vida, tocan a la puerta. Sin dudar, corres a ella y la abres. El mensajero tiene la caja y te la entrega de inmediato. Cierras la puerta y la llevas a la mesita frente a la tele. El Predicador sigue felicitándote, luego te instruye en lo que debes hacer a continuación. *Ellos* siempre son atentos y cuidadosos con los detalles.

No los harás esperar, así que abres la caja. Dentro está una reproducción fiel de la capucha con los cinchos espinosos. También se incluye una ficha por cada miembro de tu familia. Mientras ajustas la capucha alrededor de tu cráneo, escuchas en el exterior a la Guardia Alada para tomar control si se comete un error.

Entonces, bajo la guía del Predicador, procedes a repetir el sorteo en el interior de tu hogar donde alguno será Esperanza y otro será Desesperanza, al que tendrás que ejecutar para que los demás, incluyéndote, sean salvos.

Eficiencia

Merce Garcés

México

Estando aquí, tan arriba y bañada con luz, no dejo de pensar en lo mucho que me duele el cuerpo. La primera vez que fui al taller médico fue para corregir mi pie derecho. La gangrena se había extendido bajo la rodilla. Intenté disimularlo por un tiempo, pero el supervisor lo notó y fue un pase directo a la sala de emergencia. Aprendí rápido a caminar con el pie metálico, no fue tan doloroso como me lo imaginé. Los medicamentos ayudaron a ignorar la fricción entre músculo y metal, así pude regresar a trabajar con mi escuadra al día siguiente. Es normal: te lastimas, vas al taller para que te reparen y sigues siendo un trabajador eficiente. Los aditamentos se van sumando, te acostumbras, pero sé que algo cambió después de la primera intervención.

Xavi dice que pensar es un desperdicio de tiempo. Así es él, no me molesta porque es un buen compañero. Nunca se queja, ni cuando nos asignan tareas peligrosas y terminamos en el taller. Lloré la última vez que me intervinieron y él me tomó de la mano durante toda la operación. «Seras mejor, más eficiente», dijo serio. Aunque el metal frío de sus dedos no me reconfortó, sus ojos sí. Lo conocí en mi primera orientación, rodeada del olor a esmog (porque estábamos en un piso bajo), los pasos metálicos de nuestra institutriz, el ronroneo de los motores que hacen funcionar el mundo y las miradas nerviosas de los otros niños de cinco y seis años. Ahí empezamos a limpiar ductos, reparar y desenredar cableado, explorar minas. Todos tenemos un rol que desempeñar,

no importa la edad.

Para mi suerte, nos asignaron a los mismos grupos de trabajo e hicimos buen equipo. Pasamos unos años en rotación de limpieza antes de llegar a mantenimiento y, al cumplir los 15, nos asignaron a construcción. Xavi fue el primero que necesitó un aditamento cuando le cayó un tablón de concreto sobre el brazo. Regresó con uno nuevo, listo para trabajar. En cambio, yo fui de las últimas en nuestra escuadra en ir al taller. Ya tengo una pierna y brazo de metal, mientras que Xavi es más máquina que humano.

Ahora nos toca construir edificios altísimos que ocupan los Máximos. Trabajar en construcción me agrada porque el aire de arriba es diferente. El viento corre frío y me gusta sentir cómo se eriza mi piel, me recuerda que estoy viva. El silencio no deja de sorprenderme, un mundo sin maquinaria no me parece natural. Me toca ver la salida y puesta del sol, los colores con los que se ilumina el cielo son increíbles. Más de una vez me han regañado por detenerme para admirarlo, no me importa: es de lo poco que vale la pena.

Siempre hay accidentes al subir material. Necesitamos a muchas personas porque las grúas no llegan a los últimos pisos. El peso no es mucho problema, los aditamentos de metal nos hacen fuertes, ayudan a resistir. Podemos durar días moviéndolo de un piso a otro: cemento, piedras, varillas de metal. Toneladas y toneladas. Esos días, las cuatro horas de descanso no son suficientes. Xavi cree que me quejo demasiado, sé que debería estar agradecida con tener trabajo fijo. Ayer perdimos a un buen trabajador, cayó desde el piso 30 cuando intentábamos subir con tablas de mármol por una escalera descubierta. Xavi está de acuerdo con el supervisor en que no medimos bien, aunque yo lo vi extender los brazos y cerrar los ojos antes de caer. No pudieron salvar nada de su cuerpo porque quedó hecho puré. «Un desperdicio de recursos», todos los supervisores se indignaron al escuchar lo que pasó. Xavi sigue molesto, lo noto por la manera en que frunce el ceño. No se lo he dicho a nadie, pero he notado que la mayoría de los accidentados de nuestra escuadra estaban a un trasplante de convertirse en Bio-Máquinas.

La primera vez que vi una me asustó. Fue en un examen físico y me escaneó, repitió mi nombre, edad, deuda y, después de

inyectarme, se quedó inmóvil. Su ojo de vidrio seguía encendido mientras que el humano lo cerró. No supe qué hacer, así que corrí sin mirar atrás. Ya estoy acostumbrada a trabajar con ellos, aunque no me gusta quedarme sola con alguno. Para que el último trasplante funcione, el cerebro debe estar intacto, ya que utiliza las corrientes eléctricas de las neuronas. No entiendo bien qué significa, sólo que el poco material biológico que queda debe ser suficiente. Durante una orientación, nos explicaron que fueron creados por los Máximos porque la población dejó de crecer. La expectativa de vida para alguien como yo es de aproximadamente 25 años, pero al convertirnos en Bio-Máquinas podemos trabajar otros 100, incluso más. Hay algunos que se ofrecen como voluntarios para la transformación desde jóvenes, todo para convertirse en trabajadores más eficientes. Puedes deducir su edad por cómo se oxida la poca piel que les queda. Me cuesta trabajo creer que estuvieron vivos como yo.

Xavi no se presentó a trabajar y eso me preocupa, él nunca falta. Le pregunté al supervisor si sabía algo y me ordenó regresar a mi puesto. Pasé el día sin noticias y sin poder buscarlo. Al finalizar la jornada fui al taller, esperando estar equivocada. Cuando no me dejaron entrar esperé afuera hasta que llegó el transporte para las Bio-Máquinas nuevas. Cuando hicieron fila para subirse al transporte, me acerqué para ver mejor los rostros y lo encontré. La luz de su nuevo ojo parpadeó antes de darme la espalda. No supe qué hacer, me quedé parada a media calle hasta que un supervisor me golpeó por estorbar el paso del transporte. Sé que me reconoció.

Regresé a la obra y subí al último piso. Ya no quiero que me duela el cuerpo. Sólo quiero ver salir el sol, que su luz me bañe y extender los brazos, cerrar los ojos y dejar de llorar.

Mal comportamiento

Luis Enrique Cuéllar Peredo

México

La pequeña Laurita aparece de imprevisto en el proyector del holofón de mi madre. En cuanto la veo mis manos tiemblan, mi ritmo cardíaco sube y mi mente se nubla por un instante. Busco conservar la calma, respiro despacio, no quiero cometer un error o preocupar de más a mi madre antes de que sepamos cuál es el problema. No esperamos mucho, el tierno avatar de vestidito floreado comunica su mensaje con su temida voz azucarada:

—¡Hola, ciudadana María Zárate! Vengo porque hemos detectado tu mal comportamiento y esperamos que lo corrijas in-me-dia-ta-men-te.

—¡Ay…, D…, no puede ser! ¿Pero qué hice mal? ¡Mija, ayúdame! ¡Perdón, Laurita, perdón!

«¡Mierda! ¡Cabrones!», grito para mis adentros porque, en efecto, mi madre realizó la pregunta clave. Ella agita las manos, se las lleva al regazo y entrelaza sus dedos para evitar persignarse y enojar a Laurita. No puede creer que esto le esté ocurriendo a ella, que toda su vida ha sido lo que ellos llaman una ciudadana elogiable, apegada a los lineamientos del Movimiento Renovación y Certeza Patrio, que además, al ser la hija de un afiliado ejemplar, le deberían tener en mayor estima… Claro, si le tuvieran estima a alguien.

Sin embargo —y con gran ironía—, quien puede salvar a mi madre en estos momentos soy yo, su hija, la rebelde, la que tuvo que asistir a dos «campamentos de conciliación» de adolescente, la

que aprendió de manera «poco aconsejable» los tejes y manejes del sistema.

Ahora debo pensar con rapidez y claridad. Laurita no es conocida por ser paciente. Mi madre me observa como me miró el día que mi hermano Sergio se perdió en el supermercado.

Veamos… La llamada que estábamos por realizar era a mi tío Ramón en Puebla, el hermano de mi madre, es decir, un conocido admitido… La cuenta de mi madre es «limpia» y Puebla todavía es parte de la «zona segura». Nada parece fuera de lugar. Además, yo misma verifiqué que nadie se hubiera colgado de la red de la casa y el mensaje no está dirigido a mí, así que mi presencia no debe ser el problema: he «cumplido las expectativas» en los últimos años.

—¡Estamos es-pe-ran-do!

«¡Hija de tu recochino *software*! ¡Aguanta!», vuelvo a callar mis palabras antes de que lleguen a mi boca y la riegue. Simulo ajustarme las gafas y activo mi rastreador en modo privado. Los lentes me muestran la información en tiempo real. No tardo en encontrar el problema: mi tío no aparece en ningún listado oficial, algo le hicieron. «¡Mierda!».

—Mamita, a lo mejor no son horas recomendables de llamar. Cierra la llamada al tío y dile a Laurita que te disculpas de nuevo y que no volverá a suceder.

Mi madre accede a regañadientes, no cree que eso baste. En su época supo de muchas amistades que simplemente desaparecieron. Por fortuna, Laurita se retira del proyector; claro que antes de hacerlo deja su mensaje de despedida:

—¡Muy bien, ciudadana María Zárate! Seguimos orgullosos de tu comportamiento elogiable y recuerda que ¡el Movimiento Renovación y Certeza Patrio es la columna de la nación!

El alma me regresa al cuerpo y mi madre, aunque desconcertada, también se relaja. Ahora debo averiguar qué carajos le sucedió a mi tío Ramón.

Llego a mi departamento, me cuesta encontrar la llave en mi bolso, revuelvo frenética todo en su interior sin fijarme en lo que hago y encima mis manos siguen torpes tras el encuentro con Laurita y la posterior discusión con mi madre. Me reclamó con un nudo en el estómago cuando le dije que me conecté en secreto para saber de

mi tío Ramón. «¡Mija, pero si ya los tienes contentos… ¿Para qué te arriesgas?». El acabose fue cuando le expuse mis hallazgos. «¿¡Cómo te atreves a insinuar eso de tu tío!? ¡Ya verás cuando mañana sea él quien me llame!». Con todo lo que ella sabe del movimiento, no deja de ser una adepta y mucho menos de adorar a su hermano mayor.

Al fin entro y corro a mi estudio para conectarme al Colibrí, la última red libre del monitoreo del movimiento. Arreglo una holoconferencia con Norma y Felipe, las únicas personas en quienes puedo confiar a estas alturas. Algo sucede, no se enlazan. Se va la electricidad, miro por la ventana: afuera todo sigue normal y eso dispara todas las alarmas en mi cerebro.

—¡Me lleva el carajo!

Entro a mi habitación guiada por la luz del exterior, tomo mi «mochila de esenciales» y me dirijo a la puerta. También me cercioro de llevar mis dulces en el bolsillo de la chamarra, nunca se sabe. Es una lástima que las salidas de emergencia de edificios antiguos como el mío estén clausuradas, tendré que huir por la parte frontal. Abro la puerta y me despido con tristeza de mis esperanzas: dos agentes de la concordia me esperan en el pasillo.

Una vez en las oficinas locales del movimiento y después de una «charla constructiva» llena de «consejos» dolorosos y permanentes, me muestran un mensaje de Laurita:

—¡Ciudadana Carmen Zárate! Tu mal comportamiento excedió los límites de lo re-co-men-da-ble y con tus antecedentes consideramos adecuado gestionar tu inscripción a un Instituto de Sensibilización y Concordia. Debes agradecerle a la ciudadana Norma López por estar al pendiente de tu bienestar. En breve, nuestros amables agentes de la concordia te transportarán para que no tengas que preocuparte del asunto. Y recuerda que ¡el Movimiento Renovación y Certeza Patrio es la columna de la nación!

Los agentes me miran como ratas a la comida. Desean que los «ilustre» sobre el Colibrí, de seguro la «elogiable» Norma ya «contribuyó». No quiero seguir las «reglas de etiqueta», no me queda de otra y dejo escapar algunas lágrimas. «¡Carajo! ¡Dios!». Al menos ahora la que se deleita soy yo al ver cómo, pasmados, pelan los ojos mientras me echo uno de mis dulces en la boca. Sé que

Sergio cuidará de mamá y espero no encontrar a mi tío en el otro lado.

SeifSex

Pok Manero

México

Nota: Este relato ocurre mañana. La distopía es hoy.

Ya casi nunca salgo de casa. Veo a mis consentidos a través de la app, ya sea con encuentros RV o shows en vivo. Antes usaba otras plataformas y redes sociales para conseguir contactos y crear contenido, pero era muy molesto que constantemente bloquearan mis perfiles por «no cumplir con las normas» o que éstas cambiaran constantemente y borraran mis materiales. Además, con los cambios en el gusto del público, fue necesaria la creación de nuevas tecnologías para satisfacer las nuevas tendencias.

¿Qué queda por ver cuando una chica ya se quitó toda la ropa? Aún cuando se puede ver todo, siempre hay gente que quiere más. Algunas creadoras de contenido empezaron a hacer endoscopías en vivo, lo cual probó ser muy popular: a sus seguidores les fascinó ver cómo eran por dentro. Fue entonces que surgió SeifSex, una app complementada por una cámara especial que permite, entre diversas funciones, filmar con lentes de visión calorífica o rayos x. Así, los suscriptores podían ver lo que pasaba dentro de una mujer. Luego agregaron los escáneres de entrañas y proyecciones holográficas, siempre nuevas formas de conocer el cuerpo. También se crearon interfaces de realidad virtual para encuentros personales, una gran mejora para la industria del sexo: ahora las escorts podíamos interactuar sin el riesgo de ser violadas o violentadas de ninguna forma. ¿Qué mejor forma de estar segura que sola y en

casa? Así es más fácil encontrarse con extraños.

Pero nunca falta un cliente frecuente que, después de los shows y los encuentros RV, me quieren conocer en persona, que el contacto a través de la app ya no es suficiente y quiere pasar de la fantasía a lo tangible. ¿Saben para quién más deja de ser suficiente el fantasear? Para un asesino serial. Supongo que es un riesgo ocupacional, uno de tantos a los que siempre estamos expuestas. Al menos ahora no todas dependemos de proxenetas, aunque sigue habiendo trata de blancas y venta de esclavas… Son males que no podrán erradicarse mientras no se despenalice el trabajo sexual. De todas formas, debo admitir que luego me hace falta el contacto directo. El traje de cuerpo entero que se usa para RV estimula perfectamente los centros de placer y me ha llevado a descubrir muchas cosas nuevas, pero no puedo decir que sea mejor que el sexo en vivo. Tampoco es una experiencia menor, simplemente es diferente. Es como ir al cine sola o acompañada: me gusta de las dos formas y disfruto de manera distinta en cada una.

La primera vez que supe de él fue con un comentario en uno de mis shows gastro. Mientras yo bailaba frente a la cámara, el traje de red dejaba ver mi piel al tiempo que sus sensores creaban un mapa tridimensional de mi aparato gastro-intestinal, el cual era proyectado en las pantallas de los espectadores, ya sea en pantalla dividida o alternando entre una y otra. Su nombre de usuario era Secret Fan For You y siempre escribía en inglés, por lo cual me costaba un poco de trabajo entenderle. Eventualmente, me buscó para encuentros personales. Le gustaba de todo: gastro, rayos x, alto contraste, BDSM, humillación, electrochoques, dominación… Siempre estaba dispuesto a todo lo que yo sugería. Después de unos cinco meses de encuentros quincenales con él y algunos tríos virtuales con chicas cis y trans, por fin me dijo que quería conocerme. Acordamos fecha y hora, me hizo el depósito y quedamos: nuestra cita sería el martes al mediodía en un hotel de la zona que frecuento.

Ese día me levanté temprano. No recordaba qué había soñado, pero me había dejado inquieta. Desperté con el estómago revuelto, por lo que sólo desayuné un plato de fruta. Me rasuré, me bañé, me perfumé y me vestí: provocativa pero discreta, casual y a la vez elegante. Me puse la lencería que Secret había comprado de mi lista

de deseos. Publiqué en SeifSex que posiblemente haría una transmisión en vivo del encuentro y pedí un coche para ir al hotel cuando él me mandó un mensaje con el número de habitación.

Cuando llegué al cuarto 203, me recibió muy amable. Alto, bien vestido, de cabello corto y no mal parecido. Me fijo en muchas cosas además del físico, pero siempre se agradece cuando un cliente es agradable a la vista. Además, olía bien. Después de un poco de charla, empezamos a besarnos. Su aliento fresco entraba en mi boca junto con su lengua, al tiempo que sus manos recorrían mi cuello, mi espalda, mi cintura, mis piernas. Le dije que se desnudara mientras yo también lo hacía, que la ropa nos estorbaba. Después me puse mi máscara y prendí la cámara para empezar a transmitir.

Me dijo que quería atarme a la cabecera, para lo cual saqué las esposas que siempre llevo. Traía puesto mi arnés y él empezó a lamer mi dildo mientras acariciaba mis labios. Su miembro no estaba completamente erecto, parecía que algo le faltaba. Me vendó los ojos y me dijo que tenía algo para mí. Escuché cómo hurgaba en su mochila. Luego sentí la fría hoja de un cuchillo deslizándose por mi vientre. El miedo y el peligro aumentaron mi excitación, no era la primera vez que jugaba a eso. Le pedí que acercara el cuchillo a mi boca para lamerlo. Él se quedó en silencio. Sentí el filo del metal trazando un surco en mi abdomen. Logré empujarlo con los pies y me zafé de las esposas (por eso siempre insisto en usar las mías), me quité la venda y corrí a mi bolso por el taser. Tras una descarga no letal, llamé a la recepción y pedí ayuda. No fue sino hasta que me hube vestido y llegó el personal del hotel, que recordé la transmisión. Tomé mi celular y paré el video para ir al hospital a que me revisaran la herida.

No es la primera vez que me pasa algo así. En esta línea de trabajo, tristemente, siempre corremos el riesgo de encontrarnos con psicópatas. Y por mucha experiencia que una tenga en detectarlos, a veces alguno burla todos los filtros y logra acercarse peligrosamente. Más allá del dolor físico del ataque, duele más la decepción, la traición. Lo irónico es que desde ese día aumentó mi número de seguidores y ahora me llueven solicitudes de shows de tortura. Es algo bastante redituable y, hecho en un entorno seguro, no dudo que incluso pueda ser disfrutable. Pero debo pensarlo bien antes de ampliar mi catálogo de servicios en SeifSex.

La llave de Tánatos

Elena Polanco Durán

España

Hugo abre los ojos.

Una espesa niebla lo cubre todo, como un aliento maldito que se le mete por las aletas de la nariz, por la boca, por los poros de la piel y que le empaña la vista. Se acurruca en un rincón con la cabeza enterrada entre las rodillas, como si así pudiera ahuyentar a las manos heladas de cadáveres que le agarran las piernas y los brazos, le acarician el pelo húmedo de sudor frío, le estiran de los pies intentando arrastrarle y separarle de la débil protección de su madriguera.

—¡Dejadme en paz! —grita desesperado y la niebla le trae el eco de su propia voz desencajada.

—Huuuuuuuugo.

Las voces se acercan y se alejan de él en una espiral de risas y susurros al oído cuyo epicentro es el propio Hugo. Se tapa los oídos con sus manos temblorosas para dejar de oír a aquellas criaturas maléficas que quieren torturarlo.

—Huuuuuuuugo.

Se levanta de un salto. Los ojos muy abiertos. Agita los brazos luchando por repeler al enjambre de voces. Nota las sienes calientes. El corazón le va a estallar. Pu-pum, pu-pum, pu-pum. Las voces se burlan. Le susurran. Se enredan en su cerebro con su pérfida canción de muerte. Pu-pum, pu-pum, pu-pum.

—¡DEJADME EN PAZ!

Silencio.

Hugo cae al suelo de rodillas. Se dobla hacia delante hasta que su frente toca el pavimento mojado. Quiere plegar todo su cuerpo y convertirse en crisálida, como una larva moribunda colgada de su pedúnculo sedoso, asfixiada por su propio cuerpo de insecto putrefacto. Gime «por favor, por favor, por favor». Se balancea adelante y atrás en una cadencia enfermiza.

Silencio.

Entona una cancioncilla que aprendió siendo niño. «Dónde están las llaves, matarile, rile, rile. Dónde están las llaves, matarile, rile, ron, chimpón…»

—¡MATARILEEEEE! —una voz grotesca se ha hecho eco de la melodía.

La niebla se revuelve y de sus profundidades emerge una gigantesca mantis religiosa hecha de sombras. Hugo grita con desesperación. Se arrastra como un animal acorralado hasta que se topa con la pared. El enjambre de voces se alza de nuevo y le canta al oído. «Hugo irá a buscarlas. ¡Matarile le darán!»

—¡MATARILEEEE!

La mantis lo sujeta con sus patas delanteras. Hugo se revuelve, pero es incapaz de zafarse del mortal abrazo. El insecto le arranca parte del cuero cabelludo. Hugo aúlla de dolor. Le devora un trozo de la cara. Después otro. Se deleita con su carne y con su sangre chorreante. Le fractura el cráneo con las afiladas mandíbulas. Le sorbe el cerebro con fruición. Le arranca la cabeza y la mastica con calma, saboreando cada crujir de huesos, cada cartílago, cada fibra pilosa. Engulle su cuerpo lentamente, bocado a bocado, rasgando cada parte de su anatomía hasta que ya no queda nada del desdichado Hugo.

—Despierte, Señor Lázaro, su experiencia de muerte ha finalizado —el operario de reanimación le da a Hugo unas palmaditas en la mejilla. Parece que el compuesto resucitador no le hace efecto. Ni rastro de las constantes vitales. Maldita sea. Le aplica una descarga. Nada. Le inyecta epinefrina. Nada. Coge el teléfono y marca.

—Dime —es la voz del responsable de la cuenta.

—Se trata de Hugo Lázaro, tío, no he conseguido traerle de vuelta.

—¡No me jodas, Chus! ¿Qué quieres decir?

—¿Qué cojones crees que quiero decir? Pues que la ha palmado,

tío.

—Mierda, mierda, mierda, otra vez no. Déjame pensar un momento —silencio al otro lado del teléfono—. Está bien, veamos. Según su expediente eligió la experiencia «morir devorado». Paquete sorpresa completo: niebla, voces, insectos. ¡Todo firmado! Carta de últimas voluntades incluida. ¡Bingo! Tenemos la flor en el culo, tío. Incinera el cadáver y manda las cenizas a la familia junto con la carta de últimas voluntades. Ya sabes el procedimiento: una preciosa tarjeta conmemorativa, un recuerdo perenne de la muerte asistida a solicitud del cliente tal y bla, bla, bla. Escríbela a mano, con letra de caligrafía. Ah, incluye un bonito ramo de flores. Que vean que somos detallistas.

—Joder, vale, pero habla con el jefe para que ajusten el programa. A este paso no va a salir de aquí ni uno vivo.

—Sí, sí, lo llamo cuando acabe la grabación del nuevo anuncio. Ya sabes que no le gusta que le interrumpan cuando está en el estudio.

—Entra Mauro desde el fondo del decorado. Plano general. Mientras dice su texto, avanzamos hasta plano medio y luego volvemos a abrir para terminar con el logo bien visible, ¿Entendido? Prevenidos. Claqueta. Toma octava. Anuncio Tánatos. ¡Acción!

¿Es usted de esas personas a las que les da miedo la muerte? En La llave de Tánatos tenemos lo que necesita.

Gracias a nuestra novedosa tecnología y por un módico precio, abonado en cómodas cuotas mensuales, podrá experimentar en primera persona la sensación de muerte real. ¡Quítese el miedo de un plumazo!

¿Pero cómo es eso posible? Se preguntará.

Con una indolora inyección de nuestro exclusivo fluido cadálsico, con sensores altamente eficientes y con nuestras increíbles simulaciones de realidad inmersiva. Oh, sí, usted tendrá la sensación física y mental de morir. ¿No es maravilloso? Sí que lo es, créame.

Y si prefiere pasar de la ficción a la realidad, no tiene más que decirlo. Solicitando nuestra cuota eutanásica, no despertará nunca más. Despreocúpese: le aseguramos que sus cenizas volverán a casa en una preciosa urna personalizada a su gusto.

No lo piense más y llame cuanto antes al número que aparece en pantalla. ¡No se demore!

La llave de Tánatos, donde su muerte es lo más importante.

—¡Corten, corten! ¿De dónde narices ha salido esa niebla? ¡Maldita sea, dije que nada de efectos especiales! Queremos que el mensaje sea elegante, que transmita una experiencia trascendente. Que hablamos de la muerte, coño, un poco de respeto.

«Dónde están las llaves, matarile, rile, rile».

—¿Y esa música?

«Dónde están las llaves. ¡Matarile, te darán!»

—¿Qué coño es esa cosa?

—¡MATARILEEEEE!

Contra la quema del mundo

Lord Crawen

México

Tandira Durlama escribió sobre la extinción de la humanidad. Ellos cumplieron todos los requisitos.

Encontré su libro en una vieja cabaña donde mi familia, mucho antes de todo lo ocurrido, me mencionó que Tandira Durlama era mi abuela. No la conocí, solo fotografías me mostraron la vida de una mujer dedicada a su familia. Sus últimos años, extrañamente, los pasó en la soledad absoluta. Enclaustrada en esta vieja cabaña, sin comunicación con el mundo, terminó la única obra de su vida. El libro titulado *Contra la quema del mundo* narra los eventos que podrían detener la distopía oscura en la era del hombre.

Debo informarles que dichos eventos ocurrieron tal cual Durlama describió cada evento, como si de una profetisa se tratara. Mi abuela jamás fue parte de una secta, no tuvo visiones y mucho menos en sus últimos años propagó sus múltiples profecías al mundo. Solo escribió, con base en sus observaciones. El libro llegó a las estanterías gracias a su grupo de amigos en el gremio periodístico. Los primeros ejemplares, ahora en manos de sus amigos, comenzaron a generar inquietud, sobre todo lo que Durlama describía en cada una de las hojas.

El prólogo describe:

«Este libro será leído por todos e incomprendido por todos. Será juzgado y seré juzgada como una falsa profeta. Creo en un dios, pero no creo en los métodos del hombre para encontrarlo. Estos mismos personajes del gremio crearán una propaganda contra este

libro y arderá en las llamas de la ignorancia. Tratarán de borrar mi nombre como escritora tras años de vida y trabajo. Seré la bruja del nuevo siglo. Mas nadie me encontrará nunca, lo que aumentará el mito de mi desaparición. Podrán quemar las publicaciones, pero esto no detendrá la quema del mundo y de sus habitantes. Así comenzará el final de la era del hombre, cegado por los principios impuestos por unos cuantos. La propaganda de odio se extenderá hasta el final de sus días. Este libro no va a crear el apocalipsis, éste vive ya en el corazón del hombre. Sólo es la piedra angular, el hombre creará la chispa».

Las religiones del mundo, unidas en una sola, comenzaron la propaganda en contra del nombre de Durlama por falsa profeta. Como nadie supo el verdadero nombre de mi abuela y el paradero de la mujer, le llamaron la bruja del siglo XXIII. Atravesamos hace poco otra terrible pandemia mundial. Como en años anteriores, la idea del castigo divino se impuso en la mente de las personas. Un solo libro pudo unir a toda la humanidad, pero dicha unidad no estaba preparada para mejorar.

Durlama también escribió que la pandemia, tratada como un castigo divino, cegaría el corazón de la gente; y les haría creer que el libro tenía la clave para propagar el virus. Comenzarían, como en las eras antiguas, reuniones de gente alrededor del mundo, en ciertos puntos de la ciudad, con todos los ejemplares encontrados en una enorme pira. Se redujo al único ejemplar en la vieja cabaña de Durlama, el cual ahora describo en un breve documento.

Describe Durlama que, al terminar los tiempos del fuego, vendrían nuevamente los tiempos de la peste y el odio. Las reuniones masivas de gente, la enorme contaminación por la quema del libro y ahora una campaña masiva contra las religiones creó, más que el odio al mundo, una preocupación mundial sobre su situación.

La enfermedad, grave de por sí, aunada a la incomprensión de la información, hizo a la mayoría de la gente fundirse en una cruzada por conseguir todos los medicamentos posibles. La tecnología no bastó para intentar darle soluciones a la gente, fue utilizada para propagar información falsa, de terrores infundados y, sobre todo, continuó dando a Durlama la culpa máxima por escribir dicha publicación.

El libro finaliza:

«En el silencio del mundo tratarán de arrepentirse por no escuchar a sus corazones y la razón nublada. Será tarde para cuando se den cuenta que la unión, en esta humanidad, jamás hizo una fuerza positiva. No viviré para ese tiempo, mi cuerpo se queda en esta tierra pudriéndose justo como sus corazones; pero mi alma vagará en universos que, espero, sean más amables con el prójimo. Hasta entonces, podré saber si esa paz, que tanto se pregona, será hallada. Pero esa historia ya no se las puedo describir. Tendrán que vivirla a su tiempo».

En el silencio de la cabaña, un sutil viento se cuela por las ventanas. El aroma a muerte yace entre sus elementos. Aún huele a herrumbre y polvo de las cenizas. Termino de escribir esta carta para quien llegue a estas frías y olvidadas tierras, donde encontré a mi abuela en su viejo sofá ya en los huesos, cubierta con una vieja manta, con su único libro en el costado.

Vuelvo a salir, encontré las respuestas que mis padres me dieron antes de dejar de existir. Viajé por el mundo, ahora a pie, a falta de tecnologías, transporte y medios de comunicación. No queda ya mucho de la humanidad que conocían. Con todo y sus errores, sobrevive en ciertos puntos en soledad y silencio. Más allá de estas frías montañas y follajes impresionantes yacen estructuras abandonadas, iluminadas por el sol de invierno como en los buenos tiempos, mas ahora nadie puede salir a disfrutar de su calor: le temen al más mínimo cambio.

Me reconforta saber la historia de mi vida. En los años venideros caeré solo en los brazos de la muerte, sabiendo que mi abuela nunca quiso causar el final de los tiempos. Y el sol, estemos o no, seguirá saliendo por el mismo lugar.

La cuota

José Luis Díaz Marcos

España

1

—¡Papá, preguntan por ti! —vocifera Ana desde la puerta bailando al son de sus auriculares.

—¡Te vas a quedar sorda y nos vas a dejar sordos a los demás! —protesta Hugo viniendo por el pasillo—. ¡Anda, deja ya la musiquita y ponte a estudiar, que es lo que tienes que hacer!

—Venimos del ayuntamiento —anuncia un señor. Detrás, sendos operarios—. Traemos su cuota de plástico.

—Mi cuota… ¿de qué?

—De plástico. Como sabe, o debería saber, hoy entra en vigor la nueva ordenanza municipal relativa a la asignación y custodia de residuos plásticos.

—Gracias por reprocharme lo que ignoro, señor funcionario, pero no tengo ni idea de qué me habla.

—¡Qué sí, papi: la nueva ordenanza medioambiental! —informa la adolescente, escandalosa—. ¡Aquella del buzón! ¡La que tiraste a la basura!

Hugo enrojece y la mira.

—Vale, vale… —recula—. ¡Qué genio! El día que cumpla los dieciocho…

—Usted perdone… ¿Qué me decía?

—Su cuota de plástico… —abunda, paciente—. A partir de ahora, y dada la imposibilidad de su total almacenamiento y

reciclaje, los vecinos deberán acopiar la proporción de esos plásticos que, según nuestros cálculos, les correspondan. En su caso… —consulta un portafolios—. Aquí está: ¡ocho metros cúbicos!

—¡¿Ocho…?!

—Sí: el volumen equivalente a ocho mil litros.

—No puedo creerlo… ¿Y hasta… hasta cuándo…?

—Hasta que su paulatina eliminación nos permita retirárselo.

—¡O sea, hasta dentro de… meses!

—No creo. Ojalá me equivoque, pero yo diría que hasta dentro de… años.

—¡¿Años?!

Asiente, comprensivo.

—Y, ahora, si es tan amable y me firma el recibí, los compañeros procederán a dejarle la cuota. Como ve, y para facilitar su transporte y acumulación, las infinitas formas del plástico vienen prensadas en bloques de cincuenta por cincuenta centímetros. Así, le incumben… sesenta y cuatro bloques.

—P, pero, ¡¿dónde voy a…?!

—Aquí, en su casa.

—Esto… ¡Esto no puede ser legal! ¡¿Y si me niego?!

El mandatario enarca una ceja, pensativo durante un segundo, y contesta con otra pregunta:

—¿Le gusta la playa?

2

Ante Hugo, extrañeza inerte, entran sesenta y cuatro bloques, sesenta y cuatro porciones cúbicas de dúctiles, hasta llenar el pasillo.

—¡Tampoco ponga esa cara, hombre! —anima uno de los soguillas—. Si le sirve de consuelo, venimos de aquí cerca y… ¡Van a tener que deshacerse de la mitad del mobiliario, por lo menos, para asumir su cuota! ¡De la mitad!

—Consuela mucho, sí…

—¿Quién iba a creer que llegaríamos a estos extremos? —siente el otro—. ¡Ahora todos, quieras o no, con síndrome de Diógenes por culpa del maldito plástico! Esto…

Hugo cierra, aturdido:

—Sí, ¿quién iba a creer?

—Pues muchos —asegura Ana, al fondo.

—¡¿Y tú, qué haces ahí?! ¡No te había dicho…!

—¡Y dale, Perico al torno! De verdad, qué pesadito te pones a veces… Por si te interesa la opinión de una socia de *Grimpís*, esta movida ha sido tan chunga como la de mi ex: ambos la veíamos venir, pero no hemos querido verla, a ver si cambia, a ver si cambia, hasta que, ¡pum!, ha petao', y ni cambio ni leches.

¡Pues tal que así, en pleno 2031, con el dichoso plastiquito! Tanta envoltura, que mira que nos gusta envolverlo todo, y tan poco reciclaje, que mira que reciclamos poco y mal, que…

—¡…llegan los del ayuntamiento y te encasquetan, por orden del señor alcalde, o de quien sea, dos metros cúbicos de botellas, tapones, bolsas y yo qué sé más hasta que, dentro de unos *añitos de nada*, sea posible su reciclado! Y digo yo: ¡¿Es que no hay vertederos?!

—Claro que los hay. Pero, como todo, son limitados y están, ya casi como todo también, saturados. ¡¿Y qué pasa entonces con los productos plásticos y sus más de ciento treinta sustancias tóxicas?! ¡¿Los seguimos dejando por ahí, de cualquier manera?! Imagina, por ejemplo, ¡qué fuerte!, el incendio de toneladas y toneladas de esos productos. ¡Nuevas emisiones a lo que nos queda de atmósfera! ¡Más contaminación, ya casi imposible, de ríos y acuíferos! ¡Una catástrofe, papá! ¡Otra catástrofe!

—Bien, vale… Me rindo: como dice el tango,[*] el mundo es una porquería y debemos asumir nuestra culpa. Entendido. Ahora, y yendo a lo práctico, querida afiliada de *Grimpís*, ¡¿dónde narices ponemos…?!

—Pues… La cinta de correr y las pesas hace siglos que ni las tocas: a la vista está… Y tus librotes y maquetas acaparan polvo y espacio en casi todas las habitaciones. Si lo piensas…

—¡¿Qué?!

—Ya me dirás si no…

—Claro, claro… Pues, en ese plan, también podríamos prescindir de cierto equipo de música y de sus gigantescos altavoces, de cierta colección de cedés, de ciertos armarios llenos de ropita ni siquiera estrenada… Sí, creo que, en conjunto, liberaríamos mucho, mucho espacio. ¿No crees?

04:00 AM.

Una furgoneta rodea la casa del señor alcalde. Dos encapuchados, un hombre y una fémina, empiezan a descargar bloques de plástico prensado: uno, dos,… treinta y ocho, treinta y nueve,… sesenta y tres, sesenta y…

—¡Quietos! ¡Policía!

—…cuatro…

—¿De verdad creían que…? Para su información, ustedes son los séptimos de esta semana. ¡Y aún es miércoles! En fin… Ahora, venga: carguen su cuota antes de que aparezcan los siguientes, que ya hoy se irán de playa.

«¡¿Irnos de…?!»

Sesenta y cuatro, sesenta y tres,…

—Papi, me duele el lomo…

—¡Claro, y a mí el mío!

…treinta y nueve, ¡ay!, treinta y ocho, ¡ay!…

4

03:00 PM.

Playa. 43 ºC. Una veintena de condenados por infringir la ordenanza municipal relativa a la asignación y custodia de residuos plásticos peina la arena en busca de eso, de fragmentos dúctiles.

—¡J, jefe!,… ¿no podríamos esperar a que… a que bajase un poco el sol? —pregunta alguien.

—¡No! ¡Calla y recoge!

—¡¿Y si… me niego…?!

—¡¿Y si dejo la sombra, el ventilador y el mojito y voy con la porra?!

.

.

.

—¡Aaagh, papi! Tengo mucha…

—¡Sí, ya lo sé, yo también y… y me aguanto!

Automantenimiento programado

Mical Karina García Reyes

México

Mientras trabajaba, nuevamente le sorprendió la noche en el laboratorio. Su comida seguía en el escritorio, fría hace horas. Una pregunta lo había agobiado durante toda su vida útil, sin ninguna respuesta aún. ¿Cómo aumentar la tasa de desarrollo fetal para optimizar los recursos de las unidades reproductivas? ¿Podía reducirse el desarrollo embrionario a un lapso menor de seis meses?

—¿Sigues aquí? —preguntó una de sus colegas.

—Sí, casi me voy —respondió Israel sin despegar la vista de su pantalla.

—No sé por qué lo sigues intentando, sabes que no lograrás resolver lo que no solucionaste en veinte años —replicó la colega con un atisbo de desprecio.

—Aún puedo proponer una hipótesis que mi sucesor pueda investigar y estudiar —contestó clara y contundentemente.

—Ojalá tu sucesor no sea un inútil como tú, que ya te llevaste a todo el departamento entre las patas —la mujer tomó la charola con la comida y la vertió al triturador de desperdicios, ante la impasible mirada de Israel—. ¿Por qué no expiras de una vez? No sirves, solo estás aquí robando espacio y aire.

—Tú no vas a decidir si sirvo o no —puntualizó el aludido, mirándola directo a los ojos.

—El Consejo de Evaluación de Metas dirá lo mismo: eres carga para la sociedad —la investigadora le dio la espalda y enfiló a la salida—. Ojalá te convenzas de ello de una vez, para que no

regreses —evidenció con desprecio y salió del laboratorio.

Todos los días era lo mismo, trabajar era insoportable. Se asomó por la ventana del alto edificio y respiró profundamente. Desde ahí podía ver más allá de la ciudad, kilómetros de vegetación se blandían con suavidad casi armoniosa al ritmo que marcaba el viento. «¿Cómo será observar la bóveda celeste en aquella oscuridad perpetua?», pensó durante su trayecto al cubículo.

Apenas llegó, el cansancio y hastío cayeron con pesadez. Se reprendió internamente por pensar de forma poco productiva en el camino de vuelta. Se recostó sobre la cama y activó el asistente psicológico virtual, una IA que emulaba a una linda jovencita rubia sentada a su lado en el lecho.

—¿Qué tal tu día? —preguntó la asistente.

—Fatal. Mis compañeros de trabajo me insultaron de nuevo. Ninguno ha superado sus metas y me culpan a mí —respondió Israel, exhalando con fuerza.

—¿Y cómo te hace sentir? —inquirió la asistente.

—Como lo que soy, un inútil. Todos me reclaman e insultan, me tienen rencor —murmuró y lanzó un suspiro de frustración—. Me es muy difícil asimilar el hecho de que no logré el objetivo de mi vida. Me siento muy solo.

—Israel, debes entender que nuestro tejido social es sumamente complejo: somos como engranajes que hacen caminar al reloj. Todos y cada uno de nosotros colaboramos y trabajamos arduamente para ello. Pero si uno se descompone…

—Lo sé: todo se detiene —completó Israel, cabizbajo, con la mirada fija en sus manos que comenzaban a sudar.

—Así es. Por ello están enojados. Si tú no cumples tus objetivos, los trabajadores a tu cargo tampoco lo harán. Tu falta de productividad también estropea sus metas.

—No es que no lo quiera lograr, de verdad lo intenté —dijo Israel, mientras los sollozos interrumpían su hablar. Poco a poco giró y se sujetó las rodillas—. Trabajé tanto como pude, propuse cientos de hipótesis, refuté y volví a proponer. De verdad lo procuré y, aún así, no fui suficiente. Me dijeron que solo la gente mediocre no alcanza sus metas —susurró Israel, tras una breve pausa. Las lágrimas caían violentamente por sus mejillas—. Que la gente mediocre es una carga para la sociedad…

—Recuerda que nacemos con metas y objetivos bien delimitados y fijos, que nos caracterizan y definen nuestro rol social. Nuestro tiempo de vida útil está diseñado para sumar todos nuestros logros, méritos, alcances y metas. Solo así podemos decir que nuestra vida importó. Pero, sobre todo, es nuestra responsabilidad optimizar el tiempo que nos asignaron.

—Y si no cumplí mis metas, ¿quién soy? ¿Qué soy yo, además de mi propósito de optimizar los recursos que se invierten en los fetos? —su voz se entrecortaba, hacía un enorme esfuerzo para esconder el temblor involuntario que se apoderaba de su cuerpo. Llevaba mucho tiempo sintiéndose deprimido. Pensó muchas veces en aquella arma, la que había heredado del anterior usuario del cubículo.

—Como te dije antes: eres una pieza del reloj.

—¡¿Y de quién es el reloj?! —gritó Israel, saltando inmediatamente de su posición, para luego llevar las manos a su mojado rostro. Respiraba con dificultad, sin poder ocultar el temblor de su cuerpo.

—Pertenece a todos, no seas egoísta. Por ellos, no podemos fallar.

—De verdad lo intenté… No quise fallar… Ni busqué afectar a mis compañeros… Hice todo lo que pude…

Aumentó la tensión en Israel más y más. Intentó controlarse, pero el llanto regaba sus mejillas; no podía hablar porque su respiración estaba descontrolada, sentía asfixiarse. Su brazo derecho comenzó a doler, mientras su cuerpo experimentaba un choque frenético que le motivaba a correr lejos. Sin embargo, un único pensamiento horadaba su mente: «No soy nada. no soy nadie. Mi vida útil no tiene sentido. ¿Por qué sigo intentando?». Con esa idea fija en la mente, Israel saltó de su cama para buscar entre los cajones.

—Israel, sabes que la productividad en nuestra sociedad es lo más importante —la asistente hizo una pausa.

Israel extrajo el arma de un pequeño cajón.

—Si no somos productivos, solo estorbamos a los demás…

Israel apuntó a su cabeza, cerró los ojos y se dijo: «¿Cómo será observar la bóveda celeste en aquella oscuridad perpetua?». Disparó.

El departamento de Logística arribó al cabo de unos minutos, retiraron el cuerpo y limpiaron el cubículo. Recuperaron la pistola, la limpiaron, repusieron la bala y cuidadosamente la regresaron al mismo cajón. La IA anunció: *Engranaje inservible removido, en espera de uno nuevo*. Mientras cerraban el cajón, apareció la efectividad del arma. Después de todo, era la herramienta de automantenimiento de la maquinaria.

Esos hombres no tardarán en llegar

Santiago Eximeno

España

Hemos decidido pintar un mural. Las niñas han llevado los botes de pintura a la calle y yo he recuperado las brochas de una de las cajas del garaje. Allí dentro olía a olvido; a combustible derramado, a pesar de que ya no tenemos coche. Mi marido se lo llevó cuando oímos los primeros disparos. Cuando desenchufamos la radio y la televisión. Cuando nos cortaron la luz. Mi marido dijo que buscaría ayuda, que volvería a por nosotras. Dentro de la caja había tres brochas.

Hemos decidido pintar el mural en la fachada de nuestra casa. Desde la calle vemos el humo enraizado en las calles de los barrios periféricos. También las llamas, que han arraigado en el techo de los edificios incendiados más cercanos. Ya no se oyen sirenas ni gritos. Nuestras casas —acristaladas, de paredes blancas, de una sola planta, con jardín y piscina— fueron construidas en lo alto de la colina. Huele a alcantarilla, a agua estancada, a humedad de siglos recién llegada. Le pido a las niñas que dibujen flores, que las coloreen. Solo tenemos colores rojos, morados. La pintura, fresca, resbala por la pared encalada como el derrame de una herida abierta. La pintura forma grumos a la altura de mi abdomen. Hace calor. Mi hija mayor llora.

Debería volver a llamar a mi marido. O a nuestros amigos, los que viven en otras ciudades, más alejadas. Los que no han respondido. Las niñas, les hubiera dicho, solo ellas. Me gustaría que lloviera. En nuestra calle todavía no arden las casas. Algunas

vecinas están con nosotras, esperando, contemplando ese humo negro que crece y devora las nubes, el cielo, el sol. Oigo música a lo lejos, oigo a mujeres cantando.

Esos hombres no tardarán en llegar.

Magenta 83

Karla Arroyo

México

1

Un grupo internacional de científicos encontró vestigios microscópicos de materia cristalizada dentro de la glándula pineal humana. Fue nombrada Magenta 83 por su característico color y por el año de su descubrimiento: 2083.

Alrededor del hallazgo, una antigua teoría se popularizó y fue viralizada por la secta El Ojo de la Vida, quien tomó ventaja para conducir a sus adeptos a un frenesí ideológico en el que las personas asociaban los «cristales» a la composición elemental de la constelación Orión, y que la vida había tenido su origen en este conjunto de astros.

Estudios no oficiales concluyeron que esta creencia no estaba del todo equivocada, Magenta 83 resultó ser parte de un medio de transporte interdimensional a través del espacio-tiempo en el que la esencia humana se separa del cuerpo por medio de una proyección astral. Tras un minucioso programa de meditación guiada, acondicionamiento de respiración y frecuencia cardíaca, el alma podía ser transportada efectivamente a Orión.

A manera de comunicado general a la población, se afirmó que, una vez establecido el vínculo con Orión, ninguna voluntad quería regresar a la Tierra, ni siquiera las que tenían la consigna de hacerlo; además de que las mentes mejor entrenadas lograron contacto con las primeras «esencias» enviadas. Una vez

transportada, la mente-esencia tenía la capacidad de encontrar en Orión la mayor gama de variables para lograr lo más cercano a un paraíso: todo lo que imaginaba le era suyo, flotaba desposeída del cuerpo y su deterioro. «La vida eterna», entonces, era posible.

2

Eiyí fue trasladada a las coordenadas que su empleadora envió a su pase de transporte, con la promesa de un ascenso y un cambio de sector. Se requería personal de absoluta confianza para el desarrollo del proyecto de Nuevo Edén, así que su jefa había encontrado la forma de generar puntos en su clase de ciudadanía por cada empleado sobresaliente que fuera contratado por los laboratorios.

Las oficinas eran edificios comunes, ubicados en la parte vieja del sector 7, punto medio entre la zonificación. Aunque se entrevistó con un hombre mayor a través de un monitor, su presencia era necesaria para hacer un escaneo general de salud. Hacía tanto que no pasaba por aquel proceso de selección que le había frustrado en el pasado, debido a los antecedentes negativos en su récord poblacional, por haber terminado en aquella pelea en la que murió una persona, y que la había convertido en ciudadana categoría «C».

Las zonas 1, 2, 3 y 4 quedaron deshabitadas poco a poco. Lujosos condominios con clima y vista privilegiados eran un cascarón al que ningún tipo de ser vivo tenía acceso. Las restricciones de seguridad lo impedían, pues los complejos habitacionales fueron cubiertos con telarañas de alto voltaje para que nada las traspasara; todo debía quedar intacto por si sus habitantes decidían regresar.

La gran mayoría de las personas no tenía acceso a la «transportación esencial» ni manera de entrar al círculo del Nuevo Edén, el grupo que poseía los medios para desarrollar las condiciones de llevar el alma-esencia a la constelación Orión y las herramientas tecnológicas, el capital para acondicionar la perpetuidad del cuerpo y someterlo a la criogenización. Los cuerpos descansaban en bóvedas inviolables, cuidadas por personas categoría B o C con historial optimizado.

3

Eiyí gustaba de la soledad, aunque vivía en constante nostalgia por

su niñez; amada por sus padres y abuelos, quienes perdieron su patrimonio, la salud y la vida tras la zonificación y quedar relegados al sector 16. Encontró refugio con otros huérfanos, consecuencia de los grupos criminales que mantenían el poder por medio del cobro de libre tránsito.

Entonces olvidó la mínima manifestación de cariño, se fortaleció sin él garantizando la supervivencia y forjó así los mejores atributos para trabajar en el Nuevo Edén: defender, contraatacar y obedecer.

Una vez contratada, se convirtió en poco tiempo en la encargada de seguridad en las bóvedas de criogenización, pero no tenía acceso a todos los corredores de los edificios. Había una área restringida de la que solo sabía estaban «los congelados A», las personas más poderosas del mundo. Era la cuidadora de un gran refrigerador con cuerpos vacíos que jamás volverían a andar sobre la Tierra.

4

Eiyí fantaseaba con un especialista de los laboratorios, el doctor Oele, lo más cercano a un amigo. No quería ilusionarse, pero la intuición le decía que ella no le era indiferente, aunque la inseguridad sobre su cuerpo y clasificación ciudadana la boicoteaba.

Alguna vez Oele le confió que tenía un lugar reservado dentro de los «congeladores». Esto como remuneración por los avances de la tecnología criogénica, pero sería la primera persona en rechazar la oferta de transportación. Para él, lo que fuera que prometía la vida eterna, no era suficiente para dejar el mundo y los placeres explorados por los siete sentidos; decía que el verdadero viaje estaba en la Tierra.

Oele ofreció su lugar a Eiyí en las cámaras de criogenización, pero ella no estaba convencida hasta que le contó que podía reencontrarse con el alma-esencia de sus familiares… Todo lo que siempre deseó podía imaginarlo en Orión.

Fue entonces que, después de tortuosos trámites y varios entrenamientos, Eiyí partió con la pequeña esperanza de volver a ver a Oele.

5

Lo primero que su conciencia encontró después de la transportación esencial fue una puerta que le era conocida, se parecía mucho a la de la recámara de sus padres cuando era niña.

Desposeída de cuerpo, la abrió solo con la intención de hacerlo. Creyó percibir aire helado detrás de ella y que éste se disipaba frente al umbral; un gran vacío crecía conforme se quedaba suspendida ahí, además de un olor a podrido. Se apresuró a entrar, caminó sobre nubes púrpuras y turquesa, todo tipo de rocas flotaban a su alrededor, que brillaban con el reflejo de la luz de un sol magenta.

Monstruos aterradores (y súper creeps)

Israel Montalvo

México

El pequeño Tom había sido lanzado desde la luna en una misión de búsqueda al espacio profundo utilizando un agujero de gusano que se escondía en la cara oculta de Saturno. Tom era un felino minúsculo que apenas ajustaba un año de existencia, había sido modificado genéticamente en un laboratorio de la NASA, cuando era un embrión para adaptarlo a su nave con la que mantenía una simbiosis. Sólo debía pensar las cosas para que se materializarán, para poder navegar. Su intelecto era similar al de un niño de cuatro años; para un gato eso era casi como ser un genio, y en cierto sentido lo era. Tom piloteaba una minúscula nave ovalada que parecía un gran huevo dorado, que podía alcanzar velocidades que ningún otro vehículo podía (al menos hecho por el hombre).

Al cruzar el agujero de gusano, el pequeño Tom ingresó a la galaxia de Lazarus, que colindaba con Alfa Centauro, al extremo norte de la vía láctea. El primer planeta que divisó fue Blackstar, en el sistema solar DB. Antes de introducirse a su atmósfera fue detectado por una nave de nativos que realizaba un vuelo comercial a una de sus lunas. Tom fue rescatado de una inminente colisión por los nativos. La tecnología del hombre todavía era primitiva y la entrada a la atmósfera hubiese desintegrado la nave de Tom. Los bowies eran una civilización neobinaria de seres transmundistas; muchos eran híbridos de especies humanoides venidas de la parte

central de la vía láctea, otros eran metasintéticos: el noventa por ciento de su ser corpóreo era sintético con una base de datos biorgánica que servía de conciencia. Aquellos seres pertenecían a una cultura acostumbrada a incorporar a nuevas especies. Sin embargo, Tom era un ser único para ellos, que provenía del sur profundo de la vía láctea, la zona más recóndita e inexplorada del universo. Las galaxias que ahí existían era indómitas y primitivas, muy cercanas a la épocas previas al primer big bang. El sistema solar que indicaba su procedencia era considerado inhabitable y, hasta ese momento, inaccesible.

Intentaron traducir el lenguaje ronroneante de Tom. Creían que poseía traumas que le impedían tener una comunicación adecuada (y eso en gran parte debía deberse al viaje por el agujero de gusano). Una forma primitiva de moverse por el universo. Los bowies decidieron mandar una nave de reconocimiento tripulada por arañas marcianas de Alfa Centaury y uno de los suyos, el mayor Ziggy, se dispuso a comandar la misión. Las arañas eran criaturas meticulosas y consideradas de los mejores viajeros cósmicos. Para ellas era un honor servir a la causa libertaria de los bowies, quienes cuidaban de su especie desde el segundo big bang.

Al llegar al sistema solar, siguiendo la ruta de viaje de Tom, se encontraron con el mundo autodenominado como Tierra y la raza que había sometido a Tom. Eran seres aberrantes que practicaban el esclavismo de especies para su divertimiento y consumo alimenticio. Usaban correas y collares para someter a los iguales a Tom, que usaban como objetos caseros, además de a decenas de criaturas semejantes. Los viajeros horrorizados reportaron de inmediato su nefasto encuentro con aquellos seres humanoides que se denominaban así mismos como humanos, pero para los visitantes eran tan parecidos a un cáncer. Decidieron infiltrarse en sus sociedades. El mayor Ziggy se convirtió en un icono de su cultura, presentándose a sí mismo como un músico de rock. Utilizó un lenguaje sonoro para la estructuración de su música, que utilizó para intentar un cambio en esa especie, pero sus loables intentos fueron en vano, las criaturas eran un cáncer que debía ser erradicado y Ziggy se fue perdiendo gradualmente en los excesos que daba la vida en ese mundo primitivo. Sus subalternos continuaron su lucha, pero desde una perspectiva más sofisticada y

sutil, creando el acceso a una red global que conectara a todos los seres humanos de ese mundo y poder erradicarlos gradualmente.

El siguiente paso fue crear una forma de control social, así surgieron Facebook, Twitter y Netflix. Luego, modificar un virus común —como la gripa— y dejar que el tiempo hiciera el resto.

Tardaría unas décadas en completarse la erradicación de esa plaga, pero los viajeros sabían que habrían liberado a las criaturas de ese mundo de su mayor opresor y depredador. Los hacía sentir orgullosos cada vez que veían a un felino libre por las calles de las ciudades atiborradas con los restos de sus opresores esparcidos por doquier, ronroneando pausadamente simulando un guiño, una forma sutil de clamar por la libertad.

Mi noche de sábado

Eliana Soza Martínez

Bolivia

Era sábado de juegos. Mientras Oscar preparaba la caja del *Dinosaurios Island*, los chicos estaban entretenidos con unas actualizaciones. Yo dormía una microsiesta con la máscara de descanso. Como siempre, mi marido escogía los juegos más complicados; así que de paso pude despachar a mi avatar de compras. Me faltaban frutas orgánicas para el desayuno y los vendedores no hacían envíos a domicilio.

Encontramos el tráfico tranquilo, cientos de bots conversaban en cafés sin comida; todavía no me acostumbraba a eso, pero era la nueva forma de socializar. Lo que seguía estando de moda eran las selfies, aunque ahora los ojos de los droides hacían el trabajo, no eran necesarios otros aparatos como antes.

Las fiestas sin alcohol que se organizaban más tarde estarían repletas. Por un minuto, al parar el navegador me deslumbraron los carteles holográficos de Gail Corp. vendiendo los nuevos modelos de ginoides que procreaban clones; cada vez los humanos íbamos más allá. Cuando por fin el juego estaba programado para cuatro y la historia introductoria en cinco dimensiones iniciaba, mi avatar cruzaba la puerta de entrada.

El objetivo era desarrollar un parque de diversiones con dinosaurios, ambientado en la era Cretácica. No me acostumbraba a contemplar esas gigantescas bestias, como sombras de lo que fueron. Los niños los miraban asombrados y disfrutaban escuchando

a Oscar explicar las reglas y darles consejos en cada fase. Gracias a los personajes en sus formas holográficas y sus habilidades, podíamos ser científicos, directores de los parques o los dueños.

Para sorpresa de mi marido, gané el juego por mis conocimientos empresariales sumados a las buenas decisiones que tomé en cada ronda. A los niños no les importaba perder, siempre tenían esa sonrisa condescendiente que a veces me ponía los nervios de punta, pero luego se me pasaba. En cambio, Oscar se quería morir, seguía haciendo las cuentas de los puntos, sin terminar de creer que lo vencí a la buena.

La alarma de la agenda me recordó la fiesta a la que nos invitaron y que era dentro de unas horas. Caí en cuenta que los resultados del juego podían cambiarlo todo. Volví a sentir que me casé con un adolescente inmaduro. «Debí dejarlo ganar, corro el riesgo de perder mi noche de sábado y quedarme sin estrenar las actualizaciones de mi avatar», me repetía. Me di cuenta de su desinterés cuando lo vi entrar a su cuarto de juegos unipersonales. Le mandé un mensaje de voz para recordarle la cita; respondió que no le apetecía por ahora. Eso significaba que debía ganarme la salida.

Otra vez envié a mi bot a las calles. Alguien me había dado el dato de un hombre, al otro lado de la ciudad, la que seguía en el siglo pasado, donde vivían excéntricos y aislados coleccionistas de reliquias. Uno de ellos tenía a la venta un juego electrónico llamado *Fortnite* de cincuenta años atrás y en funcionamiento. Oscar recordaba nostálgico que su padre le contaba sobre él las noches que lo arropaba para dormir. Sería un gran regalo y seguro que con eso se animaría a ir a la fiesta.

Llegamos con mucha dificultad porque el monoavión no encontraba actualizaciones de las calles de aquella zona. Sobrevolé el lugar durante diez minutos, enviando cientos de mensajes a mi amigo. Cuando estuve frente al hombre regateé el precio cuánto pude, más bien me habían prevenido sobre la personalidad del vendedor. Llegamos a un acuerdo. Me mostró el producto, yo no entendía nada, pero mi droide lo grabó para reproducírselo luego a Oscar.

Emocionada, recibí el paquete y le mandé otro mensaje a mi marido, tenía una sorpresa y lo invité, coqueta, a verlo en la

habitación. Ahí estaba en el umbral de la puerta con su mueca de fastidio. Le mostré el juego, esperando una gran sonrisa, gritos de alegría, besos de agradecimiento y que se pusiera a mi servicio toda la noche. Se acercó curioso, lo contempló y no supo qué era, entonces le expliqué y su repuesta fue:

—Seguro gastaste un dineral por esto.

—Sí, aunque valió la pena si te gusta —le dije.

—La verdad yo preferiría el nuevo juego de terror que salió.

Me quedé sin palabras. Había cruzado la ciudad, tuve que convencer a un lunático para que me rebajara el precio. Ahora, Oscar me confesaba que hubiera preferido algo que podía comprar con un click. Lo eché de la habitación, alisté a mi avatar y al de él lo programé en automático con personalidad agradable. Apagué a los niños y mandé a los bots a bailar. No me iban a quitar mi noche de sábado.

Después de la pandemia

Josafath Peña

México

La pandemia duro más de 10 años. Desde su inicio se dijo que el mundo no volvería a ser el mismo, pero el cambio que se tuvo en la sociedad fue más drástico de lo que se imaginaba. Durante la contingencia cambiaron muchas leyes: la mariguana, cocaína y otras drogas fueron legalizadas. Cuando la gente pudo retomar su vida pública y social fuera de sus casas, estaban muy acostumbrados a permanecer en el encierro. La despensa, comida, ropa, prácticamente todo lo compraban en línea y les llegaba a domicilio. Todo mundo trabajaba desde su casa y solo los que requerían forzosamente de alguna actividad física en su trabajo salían de sus casas. El exterior no era seguro, y en poco tiempo cerraron bares, cines, teatros, recintos para conciertos, etc.

La nueva normalidad trajo también grandes avances tecnológicos. Muchas empresas automatizaron sus procesos, valiéndose de máquinas y autómatas para sustituir la mano de obra humana. Las tasas de desempleo alcanzaron niveles nunca antes vistos; la delincuencia en las calles estaba presente a todas horas del día. Las estadísticas registraban que por cada elemento de seguridad resguardando las calles había más de 50 criminales, lo que hizo necesario automatizar también la seguridad pública. Empresas como Rudisbroeck Corp encontraron un gran negocio fabricando autómatas que sustituyeran a los policías. Skynet Services dominó el mercado de la seguridad residencial, instalando robustos sistemas en prácticamente cada hogar del planeta.

El encierro generaba constante estrés entre la sociedad, sobre todo porque en cualquier momento podían recibir un correo electrónico anunciándoles su despido e informándoles que su miserable finiquito les había sido depositado. Los altos costos de la renta y la mensualidad del sistema de seguridad proporcionado por Skynet hacían que quedara poco dinero para el ocio y el esparcimiento en los servicios legales disponibles en la red, por lo que la Deep Web se vio cada vez más frecuentada. Videojuegos, películas, espectáculos. Todo estaba al alcance de la clase media baja de manera ilegal. Lo que más demanda tenía eran los deportes de contacto clandestinos, en donde predominaban las apuestas. Con el tiempo, el futbol, béisbol y básquetbol fueron quedando en el olvido. Las peleas amateurs eran las que gozaban de mayor popularidad.

Al no haber gente en las calles ni comercios abiertos al público (y las casas con sus elevados sistemas de seguridad), los criminales encontraron refugio en las peleas clandestinas para ejercerlo como oficio y ganar algo de dinero para sobrevivir. Sin embargo, no todos eran aptos para pelear y, al ser tanta la demanda de espectáculos de pelea, disminuyó su audiencia, por lo que empezaron a nacer los realitys, donde a través de una serie de actividades extremas los protagonistas arriesgaban sus vidas. Fue tanta su popularidad que hasta las clases altas se hicieron adictos a estos eventos.

La cantidad y variedad de estos juegos incrementó drásticamente en poco tiempo. Las compañías organizadoras obtenían grandes ganancias de las apuestas y de los patrocinios de empresas de servicios y productos igualmente clandestinos. El negocio, así como en algún tiempo lo fueron la venta ilegal de alcohol o la cocaína, estaba ahora en los realitys extremos. Fue entonces cuando Skynet vio su gran oportunidad.

Skynet, debido a su alto poder tanto económico como político, convenció al gobierno para legalizar las peleas sin protecciones y/o reglas que cuidaran la integridad de los peleadores; inclusive las peleas terminaban en el momento que alguno de los participantes quedaba completamente inconsciente o perdía la vida. Marcus, un ex policía que había perdido su empleo al ser sustituido por un autómata de Rudisbroeck Corp y que tenía gran cantidad de deudas, fue el gladiador ganador del primer torneo oficial organizado por

Skynet. La final del torneo se convirtió en el evento en vivo más visto y abrió las puertas a un sin fin de espectáculos similares con un alto grado de deshumanización para sus participantes, iniciando con esto una barbarie superior a la vivida en los tiempos de los circos romanos.

La promesa

Taydé Gabriela Sánchez Olmos

México

—Me lo prometiste, lo dijiste, por favor… —su voz suplicante le distraía de sus labores, mientras el calor inclemente de medio día llenaba ese intento de refugio. Quería aclarar la mente, pero la voz seguía insistiendo. Con un gesto de fastidio, se dio la vuelta y le amenazó con el cuchillo recién afilado que sostenía en la mano izquierda mientras en la derecha un pedazo de carne sangrante estaba por escapar.

—¿En verdad me estás amenazando? ¡Por favor! —la carne terminó en el suelo y no tardó en maldecir. Un breve silencio llenó el lugar. Recogió la carne y la lavó con un poco de agua proveniente de una botella. Volvió a la labor de descuartizamiento de la pequeña presa, que le aseguraría unos cuantos días de carne fresca y otros tantos de carne seca. Hizo un repaso mental entrecerrando los ojos, limpió el cuchillo y lo puso en una funda improvisada que ató a su muslo.

—¿Saldrás? Acabas de cazar y hay agua en el depósito de afuera. Creo que por el momento hay suficientes reservas.

—¿Qué, temes que algo suceda antes de que pueda decir que te perdono?

—No te estoy pidiendo algo que no puedas hacer. Además, lo prometiste.

—Tú también hiciste promesas que no pudiste cumplir —acentúo sus palabras con amargura y por fin se atrevió a verle—. Me prometiste que estarías conmigo hasta el fin de los tiempos…

—Y te lo cumplí. Volví y me quedé contigo, hasta el fin, pero tú no me perdonaste.

Volvió a apartar la mirada y sintió rabia, vergüenza y también dolor, todo haciendo una tormenta en su mente.

—¿Recuerdas? Lo prometiste, dijiste: «Te perdonaré cuando los muertos caminen sobre la tierra».

—Está bien, tienes razón: una promesa es una promesa —volvió a levantar la mirada y le vio a los ojos, que antes eran de un color bronce intenso y que ahora se veían pardos, vidriosos. Buscó en ellos lo que por años adoró y con la voz entrecortada le dijo—. Te perdono —por un instante brilló, leve, como la llamarada de un fósforo en la oscuridad de una habitación tapiada—. Gracias —susurró y le vio desvanecerse lentamente, dejando una bruma semejante a la niebla de mañana.

—Cuando los muertos caminen sobre la tierra… Sonaba tan improbable cuando lo dije —notó las lágrimas que llenaban sus ojos, apretó los párpados y las dejó salir para limpiarlas de un manotazo. Hizo de nuevo el repaso mental, se aseguró de tener el cuchillo bien sujeto al muslo, tomó el tosco machete que estaba colgado al lado de la puerta, se puso la gastada chamarra de cuero, se cubrió el rostro con un grueso e improvisado paño y abrió la puerta.

Afuera el aire era pestilente, casi irrespirable, y le anunciaba que hoy sería un día difícil.

Purga para Eva

Yanzey Morales Marín

México

Después de tantas variaciones del mismo mal, uno nuevo empezó a apoderarse de los deseos de control y poder de unos cuantos. Un odio tan remoto, como viejo era el mundo, empezó nuevamente a tomar fuerza. Un grupo de estudiosos (y miedosos), no autorizados por nadie, analizaba la posibilidad de cambiar el rumbo de la historia en este planeta. Los experimentos médicos, tecnología vigilante y nociva, consumo irracional de áreas naturales, producción de humanos ideales y destrucción de lo «defectuoso» eran algunas de las cosas que iban puliéndose de vanidad y perfección superflua, defectos que las nuevas generaciones adoraban en nombre de la libertad y la individualidad. Con la autoridad que da el poder y el dinero, decidieron por la mayoría. El destino estaba escrito para ellos. Poco o nada podía rescatarse de esta época que nada tenía de histórica ni de humana.

La pulcritud que les caracterizaba les hizo pensar en una forma acorde a sus hábitos. No sería necesario declarar un estado militarizado para amedrentar a los perseguidos ni derramar sangre a diestra y siniestra. Echaron mano del fanatismo de algunos pensamientos; había tantos en este mundo que no fue difícil pensar en uno que les resultara útil. Eva y el alcance en las generaciones de sus hijas del pecado original fue una explicación ideal a sus propósitos; todos aquellos en quienes resultara un decreto acabar con esta maldición se encargarían del trabajo sucio. El modo en que este mal fuera terminando era lo de menos. En todo caso, ellos no

cargarían con consecuencias legales, económicas y mucho menos esas que llaman las de conciencia, que suelen ser de lo más estorboso para el progreso que tenían en mente.

Como suele hacerse en estas purgas discretas pero fulminantes, lanzaron las sentencias al mundo: los estratos sociales culturales y económicos adoptaron de distintas maneras las consignas de «limpieza». Un irracional odio se alimentó hacia las mujeres. En un principio se pensó acabar con las más jóvenes o en edad de convertirse en madres, pero este plan era mejor, funcionaba perfecto. Nadie sospechaba de una sociedad machista, nadie buscaría culpables pues lo sería la educación de los abuelos. ¿A quién se culparía por los crímenes de violencia de género?

Cualquier resquicio de convertirse en jefa de familia, en adoptar, en mantener ideales que la eleven como esperanza de una comunidad eran repudiados. Los que así lo planearon estaban convencidos del declive de la humanidad, no estaban dispuestos a modificar su estratégico plan. No bastaba eliminar a las potenciales mamás. En todas, sin importar su condición o edad, había siempre una voz que aminoraba el miedo; por eso era necesario acabar con todas.

Las sociedades creen conocer el origen de esta eliminación y creen tener el control por nombrar este odio con las mismas etiquetas. Nadie lo sabe todavía, pero este maléfico plan conlleva el odio y el fin de la humanidad.

En el infierno no sólo quema el fuego

Ángeles López Sofía Tamara

México

I

—En el momento que se cubrió de gris el horizonte, surgieron los primeros ángeles caídos. Contemplé, a través de la borrasca ardiente, cómo coreaban la sinfonía de dolor, aquella cuyo literato no es otro más que el suplicio; aun con una melodía derramándose desde los huecos carmesí de su carne incinerada, trataban de cruzar el rio fronterizo que una vez fue el abrumador camino hacia la esperanza de una mejor vida para nosotros. En tales tiempos aún existía la compasión, por lo que brindamos ayuda para ellos. Hasta que fueron demasiados y aquel invierno eterno surgió para coronarse en el trono de Helios, que consumió el norte y por eso partimos al sur dejando atrás a esos ángeles caídos… ¡No! No los llames demonios. ¿Crees que fue su voluntad terminar así? Incluso el mismo diablo alguna vez vistió una aureola. ¡No me interesa lo que ese Sacro Predicador diga! Un ángel sin aureola no es más que un ángel caído —fue el resonar en las paredes el único testigo ante la rabia acompañante en esas últimas silabas, mientras que el silencio volvió a ceder la palabra—. Escucha bien, pues no lo repetiré dos veces: se llamó invierno nuclear hasta que nos negaron conocer nuestra historia. No repitas lo que acabas de oír a menos que busques sufrimiento.

Fue una voz solemne quien mató al sosiego:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

— Son historias del pasado, no hay mal en conocerlas, pero sí debes temerlas. Ese predicador podrá decir estupideces, pero tiene razón en algo: nunca te quites esa «aureola» —aseveró en tanto que indicaba la pesada máscara antigás en su cuerpo—. Y nunca te acerques al invierno.

II

—¿No quieres saber qué hay más allá del infierno blanco? —el murmullo quebró aquel vidrio de soledad con una pregunta punzante.

La solemnidad de una voz taciturna respondió con rapidez:

—¿Cómo podría haber algo?

Ante la réplica, otra voz musito:

—Mi padre me cuenta sus historias. Decía que hubo un lugar llamado América en las tierras del norte, que alguna vez fue el hogar de esos demonios.

—Son ángeles caídos —repliqué con enfado.

Una risa tranquila resonó antes de continuar:

—Cierto, tu madre también les nombra así. Ella me contó sobre las tierras remotas, un lugar enorme llamado Rusia y otro más nombrado Ucrania, quienes desataron un conflicto que pronto se les fue de las manos, dando paso a este invierno eterno. Al menos así dicen las leyendas. ¿No quieres saber si son reales?

—Quiero saber si hay agua infinita cubriendo la tierra o si existe la lluvia.

—Entonces huye con nosotros —esa oración era peligrosa, tanto como el solo hecho de mencionar las leyendas; aun así, continuó—. Hay más gente en esto. Tu madre lo sabe, no sé por qué no te lo dijo. Huyamos, ya no soporto estar aquí. Esas pastillas me debilitan, cada día me aterra más tomarlas y el polvo extraño de color blanco me provoca náuseas.

—Nos dijeron que es para estar más cerca de la Muerte.

—Yo ya no quiero estar con la muerte.

III

La tormenta aproximándose cubría los susurros de la contada multitud atravesando el hueco en la pesada malla metálica que

fungía de límite. Solo una mujer vigilaba las cercanías, descuidando su puesto para dirigirse hacia mí.

—¿Te marcharás?

—No lo sé —esa voz tan gélida, tan solemne, solo causaba escalofríos.

—Nunca tomas una decisión —mencionó mi madre al tiempo que agarraba la parte trasera del pesado abrigo para empujarme hacia afuera, mientras en el interior se escuchaban los primeros gritos—. Vete, vete ahora y nunca regreses.

Dio una despedida adusta que dejó atrás las mil palabras indulgentes. En una nueva normalidad donde no tiene cabida el arrepentimiento, solo queda dejar correr esa joven esperanza, dar la vuelta y jamás verla marchar porque ya hemos aceptado que el sabor de la ignorancia podrá sustituirla para siempre.

Afuera en la neblina, donde todo parece disolverse, es mejor no mirar atrás. No escuches los pasos de quienes te persiguen. El grupo parece haberse dispersado, no me queda más remedio que adentrarme cada vez hacia el páramo. No sé cuántos lograron salir, no sé el camino que tomaron. No puedo pensar en ello cuando la «aureola» cada vez pesa más, me quema los pulmones, incinera mis entrañas; está empujándome a tomar una decisión arriesgada.

No tengo otra salida. Hoy quiero ver el mundo sin taparme los ojos. Me retiraré la pesadez sobre mis hombros. Hoy pecaré en lo más profundo.

Arden los ojos, queman hasta el alma. Del cielo, al fin, cae una lluvia. No puede ser posible: si me decían que daría vida, ¿por qué parece arrebatarla? ¿Por qué me quema la carne? La derrite y la corroe; ahora soy yo quien canta esa sinfonía de dolores.

Ese predicador estaba en lo correcto, quiero la muerte antes que nada, antes que la palabra sufrimiento. Es mi diosa, ahora lo acepto. ¡Tómame! ¡Llévame contigo!, le grito al cielo. El tiempo es lento en agonía, solo he de llorar sobre las ruinas. Estoy en el infierno por salir del paraíso. Al final de todo, un ángel sin aureola solo es un ángel caído.

Autómatas

Portada

Zdzisław Beksiński

Dirección

Miguel Antonio Lupián Soto

Selección

Adrián «Pok» Manero
Miguel Antonio Lupián Soto
Edna Montes
Aglaia Berlutti

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Contacto

Penumbria.mx
Facebook.com/Penumbria
@RPenumbria
revistapenumbria@gmail.com

Notas

[*] Revista de la Universidad de México: Utopías y distopías (noviembre, 2018); UNAM. < <

[*] *Cambalache*. Enrique Santos Discépolo. 1937. < <